Liahona

Agosto/Septiembre de 1985

Liahona

Agosto/Septiembre de 1985
Año 31, número 5

Publicación oficial de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días, en el idioma español, que contiene artículos extraídos de las revistas *Ensign, New Era* y *Friend*.

La Primera Presidencia: Spencer W. Kimball, Marion G. Romney, Gordon B. Hinckley.

Quórum de los Doce:
Ezra Taft Benson, Howard W. Hunter, Thomas S. Monson, Boyd K. Packer, Marvin J. Ashton, L. Tom Perry, David B. Haight, James E. Faust, Neal A. Maxwell, Russell M. Nelson, Dallin H. Oaks.

Asesores: Carlos E. Asay, Rex D. Pinegar, George P. Lee, James M. Paramore.

Editor: Carlos E. Asay

Director de Revistas de la Iglesia: Ronald L. Knighton

Editor gerente: Larry Hiller

Editor ayudante: David Mitchell

Sección para los niños:

Preparación artística: C. Kimball Bott

Editora de Liahona: Diana R. Tucker

Coordinadora: Ronda Read

En la portada: "Trae los anales", el Salvador resucitado con los Nefitas (3 Nefi 23:7), pintura de Robert Barrett.

Derechos reservados © 1985 por la Corporación del Presidente de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días, 50 East North Temple Street, Salt Lake City, Utah, 84150, E.U.A.
Published monthly by the Corporation of the President of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints.
Second class postage paid at Salt Lake City, Utah.
U.S. POSTMASTER: send form 3579 to LIAHONA Magazine, 50 East North Temple Street, Salt Lake City, Utah 84150.
(USPS 311–380)
Subscription rate: U.S., $4.00 yearly, $ .40 single copy; Canada, $4.50 yearly, $.40 single copy.

Artículos de interés general:

1 Mensaje de la Primera Presidencia: La Resurrección de Jesucristo *presidente Marion G. Romney*
6 Semejanzas de dos profetas: Pablo y José Smith *Richard Lloyd Anderson*
13 Por un sacrificio, doble bendición *Mary Ann Young*
16 El élder Yoshihiko Kikuchi *Larry E. Morris*
21 "Con el son de trompeta" *Jeanne Newman*
24 Meta número uno: convertir a papá *Elizabeth Sainsbury Orton*
26 El tesoro escondido *Lori Anne Brown*
28 La lucha por un testimonio *Dennis L. Lythgoe*
30 Aquí tiene, élder Myers *Leonard F. Myers*
33 Yao-Shi *Richard Tice*
39 Un consuelo reconfortante *JoEllen Jester*
40 Mi "amiga" *Peggy Hill Ryskamp*

Sección para los niños:

1 El don del Espíritu Santo *Alice Stratton*
4 Entre amigos: el élder Dean L. Larsen *Janet Peterson*
6 La huida de Lot *Relatos de las Escrituras*

PBMA0609SP Impreso en Mexico

LA RESURRECCIÓN DE JESUCRISTO

por el presidente Marion G. Romney

El siguiente mensaje es una versión editada de un discurso dado por el presidente Romney en la conferencia general de abril de 1982.

"Ha resucitado, no está aquí" (Marcos 16:6). Estas palabras tan elocuentes, aun en su simplicidad, anunciaron el acontecimiento más significativo que se ha registrado en la historia: la resurrección del Señor Jesucristo, un acontecimiento tan extraordinario que aun los Apóstoles, que habían estado tan cerca de El durante su ministerio y a quienes se les había hablado de lo que sucedería, tuvieron dificultad para comprender la realidad de su significado. Lo primero que llegó a sus oídos concerniente a la resurrección les pareció locura (véase Lucas 24:11), porque ya había millones de hombres que habían vivido y muerto antes de ese día, y en todo valle y colina había cuerpos enterrados en el polvo, pero hasta esa primera mañana de la Resurrección ninguno se había levantado de la tumba.

Cuando hablamos de que Jesús resucitó, estamos diciendo que su espíritu premortal, que dio vida a su cuerpo mortal desde que nació en un pesebre hasta que murió en la cruz, volvió a ese cuerpo, y los dos, el espíritu y el cuerpo, inseparablemente unidos, se levantaron de la tumba como un alma inmortal.

Nuestra creencia es, y de ella testificamos, que Jesucristo no sólo conquistó la muerte y trajo sobre sí su propio glorioso cuerpo resucitado, sino que al hacerlo trajo consigo la resurrección universal. Ese fue el punto cumbre y el propósito de su misión, para la cual fue apartado y ordenado en el concilio celestial cuando fue escogido para ser nuestro Salvador y Redentor.

Concerniente a su ministerio terrenal, su papel como Redentor requería de El cuatro requisitos:

Primero, que su espíritu preterrenal fuera revestido con un cuerpo mortal. Esto se cumplió cuando los humildes pastores recibieron el anuncio de los cielos por medio de un ángel que les dijo: "No temáis; porque . . . os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor" (Lucas 2:10–11).

Segundo, que sufriera los dolores de todos los hombres, lo que hizo principalmente en Getsemaní, el lugar de su gran agonía. El mismo describió este sufrimiento diciendo que fue tan intenso que causó "que yo, Dios, el mayor de todos, temblara a causa del dolor y sangrara por cada poro y padeciera, tanto en el cuerpo como en el espíritu, y deseara no tener que beber la amarga copa y desmayar.

"Sin embargo, gloria sea al Padre, bebí, y acabé mis preparativos para con los hijos de los hombres" (D. y C. 19:18–19).

Tercero, que diera su vida. Su muerte en la cruz, después de haber sido rechazado y traicionado, y después de haber sufrido horrendos abusos, no se disputa ni aun entre los que no son creyentes. Que El diera su vida voluntariamente, con el expreso propósito de volverla a tomar en la resurrección, no es una verdad aceptada tan universalmente. Sin embargo, así es. Es cierto que fue cruelmente crucificado por hombres inicuos, pero a pesar de todo, tuvo el poder para detenerlos. "Yo pongo mi vida para volverla a tomar", dijo.

"Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar." (Juan 10:17–18.)

Heredó este poder por haber nacido de la virgen María (un ser mortal) y por ser el Hijo de Dios (un ser inmortal celestializado). Habiendo entonces tomado sobre sí la mortalidad, y habiendo sufrido en Getsemaní por los pecados de todos los hombres, y habiendo dado su vida en la cruz, quedaba solamente romper las ligaduras de la muerte —el cuarto y último requisito— para completar su misión terrenal como Redentor.

Repetidamente había enseñado que el objetivo de toda su vida mortal iba dirigido a esa consumación. Esto fue prefigurado en la declaración que hizo cuando dijo que iba a poner su vida para volverla a tomar. A la acongojada Marta le había dicho: "Yo soy la resurrección y la vida" (Juan 11:25); y a los judíos declaró: "Destruid este templo, y en tres días lo levantaré" (Juan 2:19).

La resurrección era una cosa tan ajena a la experiencia humana que hasta sus discípulos creyentes tuvieron dificultades para comprenderla. Sin embargo, hasta los que lo crucificaron habían escuchado la doctrina. Perturbados por esto, llegaron hasta Pilato y le dijeron: "Señor, nos acordamos que aquel engañador dijo, viviendo aún: Después de tres días resucitaré". Así pues, con el consentimiento de Pilato pusieron guardia, "no sea que vengan sus discípulos de noche, y lo hurten, y digan al pueblo: Resucitó de entre los muertos" (Mateo 27:63–64).

De manera que estos guardias mercenarios fueron testigos inadvertidamente cuando el ángel abrió la tumba (véase Mateo 28:2–4), el último paso antes de que apareciera el Señor resucitado.

Las pruebas de que Jesús fue resucitado son concluyentes. El domingo, después de la crucifixión que se efectuó el viernes por la tarde, apareció cinco veces a distintas personas. La primera persona que lo vio fue María Magdalena. Temprano en la mañana Pedro y Juan, después de verificar los informes de que el cuerpo de Jesús ya no estaba en la tumba, se retiraron. Pero María se quedó en el jardín llorando. Cuando se volvió del sepulcro, "vio a Jesús que estaba allí; mas no sabía que era Jesús.

"Jesús le dijo: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, pensando que era el hortelano, le dijo: Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré.

Pintura por Arnold Friberg

"Jesús le dijo: ¡María! Volviéndose ella, le dijo: ¡Raboni! (que quiere decir, Maestro)." (Juan 20:14–16.)

Tiernamente refrenándola, El volvió a hablarle: "No me toques, porque aún no he subido a mi Padre; mas vé a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios" (Juan 20:14–17).

Luego, muy de mañana, "María la madre de Jacobo, y Salomé" (Marcos 16:1) y otras mujeres fueron a la tumba con especias aromáticas para preparar el cuerpo para su sepultura final. Encontraron que el sepulcro estaba abierto y que el cuerpo no estaba allí. Para su consternación, dos varones con vestiduras resplandecientes se pararon junto a ellas y les dijeron: "¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?" (Lucas 24:5–6.) "Y mientras iban a dar las nuevas a los discípulos, . . . Jesús les salió al encuentro diciendo: ¡Salve! Y ellas, acercándose, abrazaron sus pies, y le adoraron." (Mateo 28:9.)

Más tarde ese mismo día, cuando Cleofas y otro iban camino a Emaús, Jesús se les acercó, pero no lo reconocieron. Les preguntó la naturaleza de sus conversaciones y ellos le repitieron lo que habían dicho las mujeres. Viendo que ellos dudaban, les dijo: "¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho!" Entonces les abrió el entendimiento concerniente a lo que las Escrituras hablaban de El. Después de llegar a Emaús, "tomó el pan y lo bendijo, lo partió, y les dio. Entonces les fueron abiertos los ojos, y le reconocieron; mas El se desapareció de su vista" (véase Lucas 24:13–31).

Esa misma noche, los discípulos escucharon los informes de que Jesús había aparecido no sólo a Cleofas y a su acompañante, sino también a Pedro. Y "mientras ellos aún hablaban de estas cosas, Jesús se puso en medio de ellos". Para apaciguar el miedo y asegurarles que no era un espíritu, les mostró las manos, los pies y el costado y les dijo: "Yo mismo soy; palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo. . .

"Y como todavía ellos, de gozo, no lo creían, y estaban maravillados, les dijo: ¿Tenéis aquí algo de comer?

"Entonces le dieron parte de un pez asado, y un panal de miel.

"Y El lo tomó, y comió delante de ellos." (Lucas 24:36–43.)

Así pues, en ese día tan significativo, los que habían estado relacionados con El vieron su glorioso cuerpo resucitado; y no solamente lo vieron, sino que escucharon su voz y palparon las heridas en sus manos, en sus pies, y también en el costado. Delante de ellos tomó los alimentos y comió. Entonces supieron que había recuperado el cuerpo que ellos mismos habían depositado en la tumba. Su tristeza se convirtió en gozo por el conocimiento de que El vivía y era un Ser inmortal.

Durante cuarenta días estuvo con sus discípulos en la Tierra Santa; otra vez se les manifestó en Jerusalén, cuando Tomás estaba presente (véase Juan 20:26–29), y también en la orilla del mar de Tiberias. Allí los instruyó cómo echar sus redes para pescar, comió con ellos, les dio alimentos que El mismo cocinó en las brasas y los instruyó en el ministerio (véase Juan 21:1–14). En un monte de Galilea comisionó a los once para que enseñaran el evangelio a todas las naciones. (Véase Mateo 28:16–18.) Y finalmente, después de que los bendijo en Betania, lo vieron cuando "fue llevado arriba al cielo". (Véase Lucas 24:50–53.)

Cumplida su misión en Palestina, el Señor visitó a los nefitas en América para que ellos también supieran de su resurrección. El Padre lo presentó a ellos con estas palabras: "He aquí a mi Hijo Amado, en quien me complazco". Cuando lo vieron descender de los cielos, lo describieron como a "un hombre . . . vestido con una túnica blanca". Se presentó como "Jesucristo, de quien los profetas testificaron que vendría al mundo". Lo vieron, lo escucharon y, ante la invitación de él, "metieron sus manos en su costado, y palparon las marcas de los clavos en sus manos y en sus pies, . . . y supieron con certeza y dieron testimonio de que era el Redentor resucitado". (Véase 3 Nefi 11:7–15.)

Así como se manifestó después de su resurrección a sus seguidores en la Tierra Santa y después a los nefitas en América, así se ha manifestado en nuestros días. De hecho, esta dispensación comenzó con una gloriosa visión en la cual el profeta José fue visitado por el Padre y el Hijo. El escuchó sus voces, porque los dos le hablaron. Dios el Padre le presentó a Jesús resucitado. El Profeta vio sus gloriosos cuerpos y después los describió: "El Padre tiene un cuerpo de carne y huesos, tangible como el del hombre; así también el Hijo" (D. y C. 130:22).

Aproximadamente doce años más tarde el Salvador se manifestó a José Smith cuando estaba con Sidney Rigdon. Los dos dieron testimonio "¡que vive! Porque", dijeron, "lo vimos, sí, a la diestra de Dios; y oímos la voz testificar que él es el Unigénito del Padre" (D. y C. 76:22–23).

Así como se manifestó después de su resurrección a sus seguidores en la Tierra Santa y después a los nefitas en América, así se ha manifestado en nuestros días.

En el Templo de Kirtland el Profeta lo vio otra vez, en esa oportunidad en compañía de Oliverio Cowdery. "El velo fue retirado de nuestras mentes", escribieron, "y los ojos de nuestro entendimiento fueron abiertos.

"Vimos al Señor sobre el barandal del púlpito, delante de nosotros; y debajo de sus pies había un embaldosado de oro puro del color del ámbar.

"Sus ojos eran como llama de fuego; el cabello de su cabeza era blanco como la nieve pura; su semblante brillaba más que el resplandor del sol; y su voz era como sonido del estruendo de muchas aguas, sí, la voz de Jehová, que decía:

"Soy el primero y el último; soy El que vive, soy El que fue muerto; soy vuestro abogado ante el Padre." (D. y C. 110:1–4.)

Jesús era el único que podía llevar a cabo la expiación infinita que se requería, puesto que era la única persona sin pecado que vivió sobre la faz de la tierra, ofreció una vida sin mancha y, como Hijo de Dios, tuvo poder sobre la vida y la muerte. Ninguno hubiera podido quitarle la vida si El no hubiera estado dispuesto a entregarla.

"Nadie me la quita", dijo, "sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar" (Juan 10:18).

Fue, por lo tanto, por medio de actos de infinito amor y misericordia que El vicariamente pagó la deuda de la ley quebrantada y satisfizo las demandas de la justicia.

Estamos endeudados aún más con Jesucristo, porque por su expiación no sólo satisfizo las demandas de la ley de justicia, sino que también impuso la ley de la misericordia, por medio de la cual el hombre puede ser redimido de

Pintura por Arnold Friberg

Pintura por Harry Anderson

la muerte espiritual. Porque, en tanto que el hombre no es responsable de la muerte mortal, sí lo es de la muerte espiritual, que lo aleja de la presencia de Dios.

Toda persona que mora en la tierra está sujeta a las influencias de la rectitud y también a las de la maldad. Está también investida con el don divino del albedrío moral, en el ejercicio del cual ningún ser humano que haya vivido hasta la edad de responsabilidad, salvo Jesús, ha sido capaz de resistir la influencia del mal en todas las cosas. Todos hemos pecado. Por lo tanto, toda persona es impura hasta el grado en que ha pecado, y por esa impureza es desterrada de la presencia del Señor mientras los efectos de su pecado estén sobre ella.

Puesto que padecemos esta muerte espiritual como resultado de nuestras propias transgresiones, no podemos pretender que se nos libre de ella reclamándolo como si se tratara de un asunto de justicia. Ni tampoco persona alguna tiene dentro de sí el poder para que la restitución sea tan completa que pueda limpiarla totalmente de los efectos de sus malas obras. A fin de que el hombre pueda ser libre de las consecuencias de sus propias transgresiones y regresar a la presencia de Dios, debe ser el beneficiario de un poder superior que lo libre de los efectos de sus propios pecados. Con este propósito se concibió y se llevó a cabo la expiación de Jesucristo.

Ese fue el acto supremo de caridad del mundo, realizado por Jesús por causa de su gran amor por nosotros. De esa manera no sólo cumplió con las demandas de la justicia —por la cual hubiéramos permanecido atados a los efectos de nuestras propias transgresiones para siempre— sino que El impuso también la ley de la misericordia, por medio de la cual todos los hombres pueden ser limpiados de sus pecados.

No obstante lo que creamos o la manera en que vivamos, todos vamos a resucitar; por medio de la expiación de Cristo, está garantizada la redención de toda alma de la tumba, sin condición alguna. Sin embargo, esto no es así con respecto al perdón y a la redención de los efectos de nuestros propios pecados. Las únicas personas que son así perdonadas y redimidas son aquellas que aceptan y obedecen los térmi-

nos prescritos por el Redentor; de esta manera se colocan en posición de recibir los beneficios de Su sangre expiatoria en lo que concierne a sus propios pecados.

El ha prescrito los términos de su evangelio —el Evangelio de Jesucristo—, que es la ley de la misericordia, cuyo primer requisito es aceptar a Jesús por lo que es: nuestro Redentor. Esto es la "fe en el Señor Jesucristo" (Artículos de Fe 1:4). Después sigue el abandono de nuestros pecados y hacer restitución hasta donde sea posible. A esto se le llama arrepentimiento.

Si no cumplimos con estos requisitos y con los demás principios y ordenanzas del evangelio, nos deja fuera del alcance del plan de misericordia, y quedamos a merced de la ley de la justicia, por medio de la cual tendremos que sufrir por nuestros propios pecados, aun como lo hizo Jesús (véase D. y C. 19:16–18). Porque "aquel que no ejerce la fe para arrepentimiento queda sujeto a todas las disposiciones de las exigencias de la justicia; por lo tanto, únicamente para aquel que tiene fe para arrepentirse se realizará el gran y eterno plan de la redención" (Alma 34:16).

Al meditar acerca de la Expiación —por medio de la cual se me asegura la resurrección y, de acuerdo con mi fe, mi arrepentimiento y la fidelidad que demuestre hasta el fin, se me da la oportunidad de obtener la remisión de mis pecados— siento la mayor gratitud de la que soy capaz. Mi alma responde plenamente a las palabras del himno: "Cuán asombroso es que El amárame y rescatárame; Oh, sí, asombro es, siempre para mí". ■

Ideas para los maestros orientadores.

Quizás deseen recalcar estos puntos en su visita de orientación familiar:

1. Jesús tuvo que cumplir con cuatro requisitos durante su ministerio terrenal. Tenía que nacer como ser mortal; tenía que sufrir el dolor de todo el género humano, incluyendo el sufrimiento en Getsemaní; tenía que dar su vida voluntariamente; y tenía que levantarse nuevamente, rompiendo así los lazos de la muerte.

2. Ha habido muchos testigos del Señor resucitado. Durante los días posteriores a su resurrección, se les apareció a sus discípulos en la Tierra Santa y a los nefitas en América. También se ha manifestado varias veces en nuestra época.

3. Cristo, por medio de su expiación, ha redimido al hombre de la muerte física por medio de la Resurrección. El también puede redimir al hombre de la muerte espiritual, la cual se ocasiona a sí mismo a causa de sus propios pecados. La resurrección se da a todo el género humano incondicionalmente. El perdón y la redención los reciben únicamente aquellos que aceptan y cumplen con las condiciones prescritas por el Salvador, empezando con la fe y el arrepentimiento.

4. Jesús pudo llevar a cabo el sacrificio expiatorio porque se encontraba sin pecado alguno y porque tenía poder sobre la vida y la muerte.

Sugerencias para desarrollar el tema:

1. Exprese sus propios sentimientos sobre la Expiación. ¿En qué forma ha afectado su vida la expiación del Salvador? Invite a los miembros de la familia a compartir sus sentimientos.

2. ¿Hay escrituras y citas que aparecen en este artículo que la familia podría leer en voz alta y analizar?

3. ¿Sería mejor hablar con el jefe de la familia antes de presentar este mensaje? ¿Hay algún mensaje del líder del quórum o del obispo para el jefe de familia, relacionado con la misión del Salvador?

No obstante lo que creamos o la manera en que vivamos, todos vamos a resucitar; por medio de la expiación de Cristo está garantizada la redención de toda alma de la tumba, sin condición alguna.

SEMEJANZAS DE DOS PROFETAS: PABLO Y JOSÉ SMITH

por Richard Lloyd Anderson

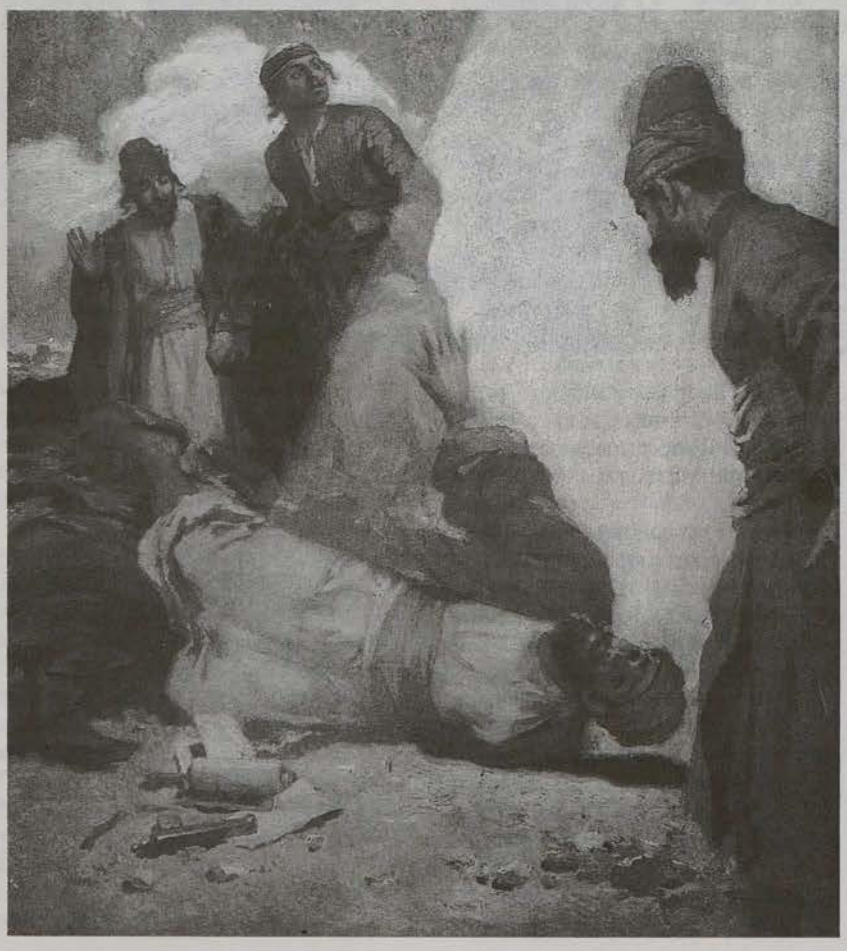
Si Pablo fue un profeta, José Smith también lo fue. Las evidencias que respaldan el llamamiento profético de Pablo sirven también para respaldar el de José Smith.

Se llega a tal conclusión como resultado de un estudio minucioso de la vida de estos dos grandes hombres. Por supuesto que con esto no se pretende declarar que José Smith fue exactamente como Pablo. Este no era un hombre apuesto, mientras que José Smith impresionaba a la mayoría de los que lo conocían por su estatura y buen porte. Pablo era un apóstol misionero, en tanto que José Smith presidió sobre Apóstoles y mayormente dirigió la obra misional, más bien que viajar para hacerlo personalmente. Pablo era un hombre versado, pues contaba con la mejor educación que su cultura podía proveer, mientras que José Smith fue criado con bastante pobreza y su educación no sobrepasaba el segundo año de secundaria.

Pero pese a las marcadas diferencias personales, existen similitudes asombrosas. Poco importa el hecho de que uno hablaba inglés, y el otro, dialectos hebreos y griego, con tal de que ambos hablaran mediante la inspiración del Espíritu Santo. En vista de que nuestro interés principal en este estudio yace en el tema de su llamamiento, autoridad y revelación comunes, se hace necesario dejar a un lado la apariencia física para concentrarnos en realidades espirituales.

La primera visión

Tanto Pablo como José Smith tuvieron una "primera visión". Desde luego que las circunstancias fueron diferentes, pero la visión ocurrida cerca de Damasco y la de la arboleda de Nueva York sirvieron para marcar la dirección y orientación de toda una vida de servicio para estos dos profetas. Cristo se le apareció a Pablo poco después de que El introdujo personalmente aquella dispensación, mas el Padre y el Hijo se manifestaron ante José Smith para dar comienzo a la dispensación del cumplimiento de los tiempos. No obstante, ambas visiones incluyeron conversaciones con el Cristo resucitado, y en ambos casos se les instruyó a estos profetas que cambiaran el curso de sus vidas y se prepararan para recibir instrucciones adicionales del Señor.



Muchos cristianos que fácilmente aceptan la visión de Pablo rechazan la de José Smith. Mas sus críticas son poco sustanciales, puesto que lo mismo que arguyen en contra de la primera visión de José Smith tendría que aplicarse a la experiencia de Pablo en Damasco y restarle valor en igual grado.

Por ejemplo, se ataca la credibilidad de José Smith debido a que la primera descripción conocida de dicha visión no se hizo pública sino hasta doce años después de que ocurrió. No obstante, la primera descripción de la aparición cerca de Damasco, que se encuentra en 1 Corintios 9:1, no se registró sino hasta aproximadamente *veinticuatro años* después de ocurrida.

A los críticos les encanta hablar de supuestas irregularidades en las versiones espontáneas que José Smith dio sobre su primera visión. Sin embargo, cuando alguien relata varias veces alguna experiencia personal, siempre incluye diferentes detalles sobre la misma. José Smith fue muy discreto en cuanto a sus declaraciones públicas relacionadas con sus experiencias sagradas antes de que la Iglesia se fortaleciera y pudiera publicar debidamente lo que Dios le había dado a conocer. Por lo tanto, la versión más detallada de su primera visión no salió a luz sino hasta después de varias otras, es decir, cuando empezó a registrar su historia formal.

En este aspecto también, la experiencia de Pablo se asemeja a la de José Smith. Su versión más detallada de la visión que tuvo en el camino hacia Damasco es la última de varias que se encuentran registradas. (Véase Hechos 26:9–20.) Es precisamente en ésta en la que relató el detalle acerca de cuando el Salvador glorificado profeti-

zó concerniente a la obra de Pablo entre los gentiles. (Véanse los versículos 16–18.) ¿A qué se debe, entonces, el que Pablo haya incluido este detalle en su último relato y lo haya omitido anteriormente? Probablemente porque estaba dirigiéndose a una audiencia de *gentiles,* y no a un grupo de judeocristianos. Tanto Pablo como José Smith tuvieron razones justificables para postergar la revelación de detalles completos en relación a sus visiones hasta el momento y lugar debidos.

Profetas

Las primeras visiones de Pablo y de José Smith recalcan el contacto directo que ambos tenían con la divinidad. Ambos profetas estuvieron literalmente en la presencia del Señor resucitado y recibieron instrucciones específicas. Pablo relató que vio al Señor cuatro veces más, después de su visión inicial, durante el transcurso de los siguientes veinticinco años. (Véanse Hch. 22:17–21; 2 Cor. 12:1–4, inferencia; Hch. 18:9–10; y Hch. 23:11.) José Smith declaró haber visto al Señor en otras ocasiones a través de los quince años después de su primera visión. (Véanse, por ejemplo, D. y C. 76:22–24; 137:2–3; 110:1–10.) Ninguno de los dos se vio atrapado en las artimañas de los impostores; o sea, el de jactarse de tan sagradas experiencias.

Ambos profetas sabían que tenían la autoridad para representar a Dios; sus declaraciones están repletas del conocimiento personal de su autoridad para hablar en nombre del Salvador. Cuando Pablo fue desafiado, respondió: "¿No soy apóstol? . . . ¿No he visto a Jesús el Señor nuestro?" (1 Cor. 9:1). Y José Smith declaró: "Yo efectivamente había visto una luz, y en medio de la luz vi a dos Personajes, los cuales en realidad me hablaron; y aunque se me odiaba y perseguía por decir que había visto una visión, no obstante, era cierto . . . había visto una visión; yo lo sabía, y comprendía que Dios lo sabía; y no podía negarlo, ni osaría hacerlo; por lo menos, sabía que haciéndolo, ofendería a Dios y caería bajo condenación" (José Smith—Historia 25).

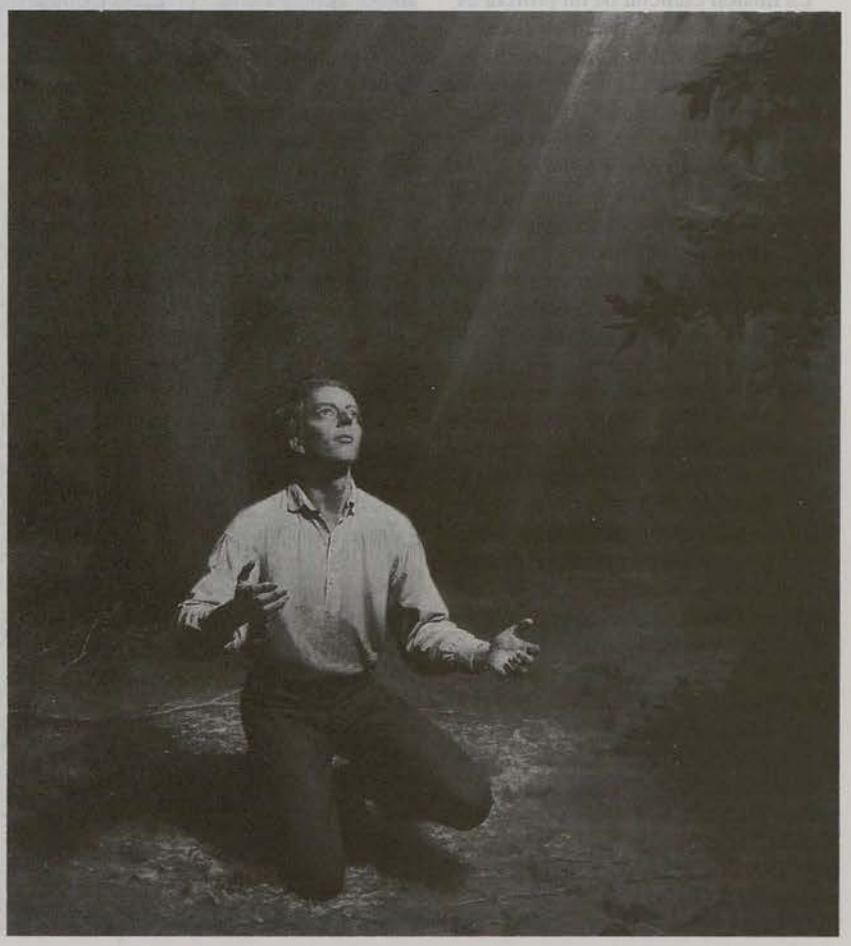
Aunque a ambos profetas se les concedió un entendimiento profundo de verdades doctrinales, evitaron otra de las trampas comunes de los impostores, o sea que no afirmaban saber todas las respuestas. Pablo acabó con la arrogancia de los corintios cuando comparó el conocimiento humano con la comprensión de un niño: "Porque en parte conocemos, y en parte profetizamos" (1 Cor. 13:9). De igual manera, varias de las declaraciones de José Smith concernientes a los juicios y a la Segunda Venida de Jesucristo reflejan el comentario que hizo en 1839: "No sé cuán pronto sucederán estas cosas".[1]

Tanto Pablo como José Smith fueron considerados como blasfemadores por sus contemporáneos. ¿Y cuál era su pecado? Habían hecho adiciones a las escrituras tradicionales. Por esta "ofensa", a Pablo se le consideró antijudío, y a los seguidores de José Smith se les tacha hoy de anticristianos. Tanto el uno como el otro simplemente estaba haciendo lo que todo profeta judío o cristiano había hecho: estaba agregando su testimonio personal a revelaciones previas y proclamando el mensaje de Dios para una nueva generación.

Pablo demostró tal continuidad cuando se paró frente al concilio de los judíos y observó que se le acusaba por creer en lo mismo que creían otros fariseos: la realidad de la Resurrección. (Véase Hch. 23:6.) La diferencia en su caso fue que dio testimonio *personal.*

Cuando los corintios quisieron debatir el tema de la Resurrección, Pablo no arguyó con ellos sobre la posibilidad filosófica. Al contrario, expuso sus objeciones únicamente después de haber insistido en que él y los demás lo sabían por sí mismos, porque habían visto. Si no hay Resurrección, dijo, "somos hallados falsos testigos de Dios". (1 Cor. 15:15.)

De manera similar, durante una reunión llevada a cabo en Filadelfia, Pensilvania, en enero de 1840, en la cual José Smith y Sidney Rigdon testificaron a favor de que se hicieran las restituciones correspondientes a los Santos de los Ultimos Días después de las persecuciones de Misuri, el hermano Rigdon habló elocuentemente y a fondo sobre las evidencias bíblicas de la Restauración, pero José prácticamente saltó al púlpito momentos después para hablar de sus experiencias *personales* concernientes a su llamamiento de Dios, "dando testimonio de las visio-



Las enseñanzas de Pablo y las de José Smith se apoyan mutuamente —y difieren de las del mundo cristiano— debido a que ellos recibieron revelación verdadera personalmente.

nes que había tenido y de la ministración de ángeles de que había disfrutado".[2]

La misión esencial de un profeta es testificar personalmente, y en el caso de los profetas Pablo y José Smith, lo hicieron en base a su contacto personal y directo con Jesucristo.

Repaso de algunas de sus enseñanzas

Acceso a la revelación. En los tiempos de los profetas antiguos y sus contemporáneos, no existió una distinción marcada entre el clero y el hombre común. Desde el punto de vista de la autoridad y revelación doctrinal, los Apóstoles del Nuevo Testamento claramente ocupaban una posición especial de liderismo; sin embargo, desde el punto de vista de compartir la inspiración de Dios, invitaban a todos a bautizarse y a recibir el Espíritu Santo por la imposición de manos, así como a participar de los dones del Espíritu. Mientras corregía excesos cometidos, Pablo alentó a los primeros santos a procurar "los dones espirituales, pero sobre todo [a profetizar]" (1 Cor. 14:1). Escribió una impresionante perspectiva sobre el acceso a la revelación mediante el Espíritu Santo a toda persona: las cosas de Dios sólo nos pueden ser reveladas "por el Espíritu", que "todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios" (1 Cor. 2:10).

El paralelo entre las enseñanzas de Pablo y las de José Smith es ineludible. En una carta dirigida a su tío Silas Smith, quien todavía no se había unido a la Iglesia, José sostenía que las revelaciones dadas a los siervos antiguos de Dios constituían la *historia* de la religión, y no la religión misma. La verdadera religión requería comunicación actual con Dios. Las grandes respuestas de Dios a los dirigentes bíblicos eran realmente exhortaciones para buscarlas de nuevo. José le preguntó a su tío: "¿Es que no tengo yo el mismo privilegio que los santos de la antigüedad? ¿No escuchará el Señor mis oraciones, y dará oído a mis súplicas tan pronto como lo hizo con las de ellos, si es que yo me dirijo a El del mismo modo que ellos lo hicieron? [3] Ningún siervo verdadero de Dios enseña que el día de revelación continua ha cesado.

En varias otras ocasiones José Smith afirmó que era un profeta de Dios, y agregó, usando las palabras de Apocalipsis 19:10, que cualquiera que pudiera obtener un testimonio de Jesús estaría disfrutando de profecía, "porque el testimonio de Jesús es el espíritu de profecía". [4] O sea que, si todos pagan el precio por lograr la compañía del Espíritu Santo, todos pueden ser profetas. Además, dio sugerencias prácticas sobre la manera de identificar los sutiles, pero poderosos, susurros del espíritu: "Una persona se puede beneficiar al notar las primeras indicaciones del espíritu de revelación", dijo. "Cuando se siente un flujo de inteligencia pura, se puede experimentar el surgimiento repentino de un manantial de ideas."[5]

Estas enseñanzas semejantes demuestran que los profetas verdaderos no se afanan por mantener un prestigio profesional dentro de un grupo exclusivo, sino por guiar a todos al mismo poder que Dios ha compartido con ellos.

El destino del hombre. Las revelaciones dadas a Pablo y a José Smith nos indican nuestro destino personal. No hay nada más emocionante que la brillante escena de los tres grados de gloria que se describe en la visión de José Smith, la cual se encuentra registrada en la sección 76 de Doctrina y Convenios. El mundo cristiano desconoce tales grados de gloria; cree solamente en un cielo superficial y en un infierno tétrico. No obstante, Pablo se refirió humildemente a sí mismo como "un hombre en Cristo" que fue arrebatado hasta el "tercer cielo" para ver cosas gloriosas. (Véase 2 Cor. 12:2–4.) Y comparó la resurrección de los muertos con cuerpos "celestiales" y "terrenales", que difieren en gloria tal como el sol, la luna y las estrellas. (Véase 1 Cor. 15:40–42.) Las enseñanzas de Pablo y las de José Smith se apoyan mutuamente —y difieren de las del mundo cristiano— debido a que ellos recibieron revelación verdadera personalmente. En las propias palabras de José: "Cuando una persona recibe una visión del cielo, ve cosas que jamás se había imaginado ". [6]

El amor. Son pocos los profetas que han enseñado el significado del amor mejor que Pablo y José Smith. En verdad, la autenticidad de su propio amor desinteresado confirmó la validez de sus enseñanzas sobre el tema.

Apenas si se hace necesario comentar acerca de la descripción del amor celestial que Pablo hace en 1 Corintios, capítulo 13, o en la abierta manifestación de preocupación paternal por sus conversos, tanto fieles como rebeldes.

La vida de José Smith exhibe la misma clase de preocupación por el prójimo. Por ejemplo, él pudo haberse escapado antes de que lo encerraran en la Cárcel de Liberty, pero no lo hizo por temor a las represalias a los santos.[7] Después de cerciorarse de que su gente estaría fuera de peligro al disiparse las chusmas e iniciada la migración, trató de escapar tres veces, en maneras muy ingeniosas, mas sólo tuvo éxito en la

última. Al final, José se regresó de la ribera lejana del Río Misisipí, observando que si su vida no tenía ningún valor para sus amigos, ningún valor tenía para él. Los documentos históricos relacionados con esta decisión prueban que él conscientemente puso su vida en peligro para evitar que las enfurecidas tropas entraran a Nauvoo a buscarlo y de ese modo peligrara la vida de su gente.[8] Una y otra vez José relegó a segundo plano su propia seguridad, para dar prioridad al bienestar de su familia y de los Santos de los Ultimos Días.

Por lo tanto, hay solidez en sus enseñanzas en Nauvoo sobre el amor. Los comentarios que ofreció ante la Sociedad de Socorro, aunque tal vez simples, tuvieron un contenido divino: "Cuanto más nos acercamos a nuestro Padre Celestial, más dispuestos nos encontramos a sentir compasión por las almas que perecen, o a llevarlas sobre nuestros hombros y volver la espalda a sus pecados".[9] Previamente les había escrito a los doce Apóstoles, que estaban para salir de sus hogares para predicar el evangelio, que "un hombre que se encuentra lleno del amor a Dios no se contenta únicamente con bendecir a su propia familia, sino que va por el mundo, ansioso por bendecir a toda la familia humana".[10]

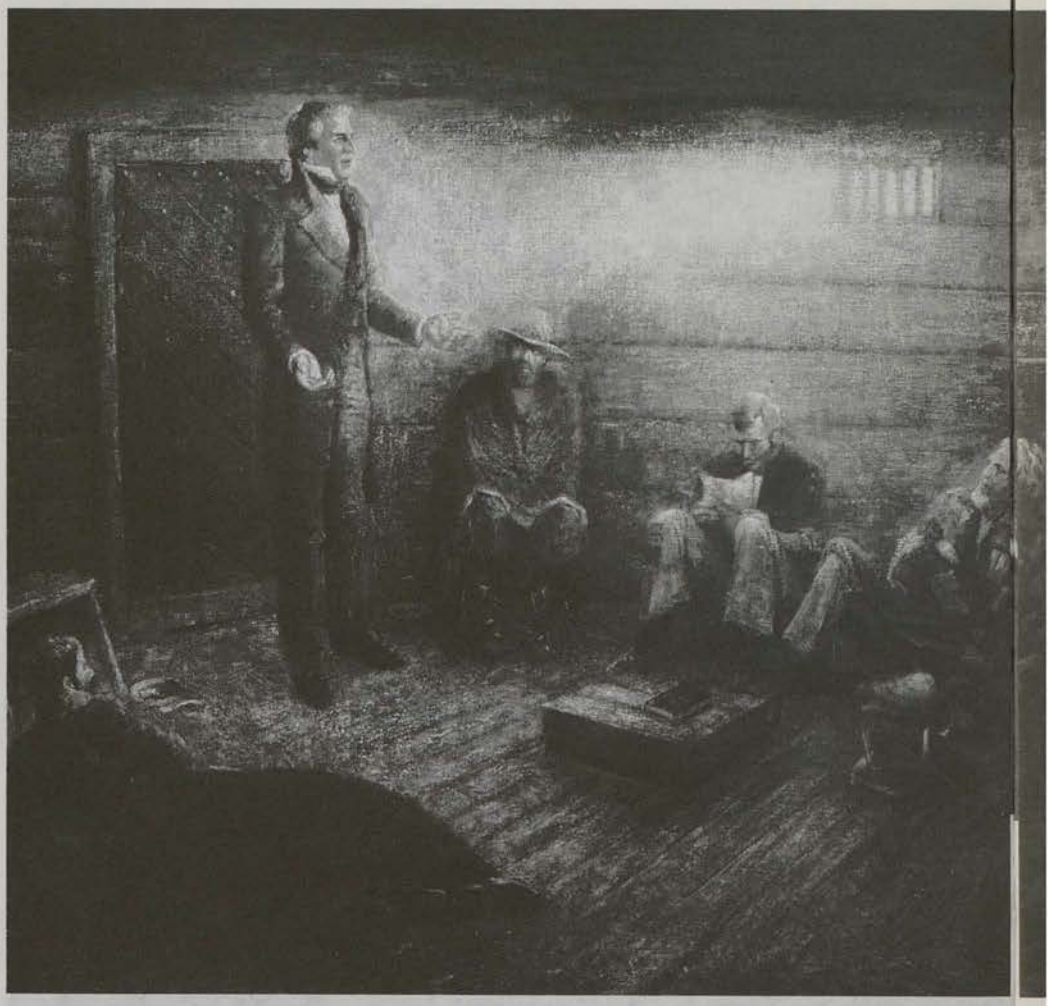
José Smith dio a conocer una de sus perspectivas personales más reveladoras unas semanas antes de su martirio. Su declaración de que "ningún hombre conoce mi historia" es su proclamación final de amor, en la cual une sus visiones con su entrega ilimitada hacia los demás: "No tengo enemistad hacia ningún hombre . . . porque los amo a todos, especialmente a estos mis queridos hermanos y hermanas . . . Nunca conocisteis mi corazón; nadie conoce mi historia. No puedo hacerlo. Nunca lo emprenderé. Si no hubiera experimentado lo que me ha tocado vivir, ni yo mismo lo habría llegado a saber.

Desde que nací nunca le he hecho daño a nadie; mi voz está siempre en favor de la paz".[11] José Smith afirma con esto que él sabía cosas maravillosas y que, por lo tanto, las compartía. Sabiendo, entonces, que tanto José Smith como Pablo amaron sinceramente, no puedo aceptar que ninguno de ellos haya tratado de engañar a nadie.

La gracia y las obras. ¿No es un tanto extraño que en los folletos que circulan sobre la salvación por medio de la gracia, raras veces se menciona a Cristo y su Sermón del Monte? Jesús concluyó tal sermón con la advertencia de que el sólo oír (o leer) sus palabras, sin llevarlas a la práctica, produciría una catástrofe moral similar a la de la casa que se derrumbó por falta de cimientos sólidos. (Véase Mat. 7:24–27.)

En varias de sus epístolas, Pablo enumeró los pecados morales que le impedirán al individuo entrar en el reino de Dios, si no se arrepiente. En cierta ocasión concluyó de la siguiente manera: "Os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican estas cosas no heredarán el reino de Dios" (Gál. 5:21). ¿Qué mejor prueba de la apostasía podría existir, que la transición del cristianismo de una religión de acción —basada en la creencia en la gracia redentora de Cristo— a una religión de creencia solamente?

José Smith también enseñó la importancia de la gracia, la misericordia y el amor del Salvador. "Y sabemos que la justificación por la gracia de nuestro Señor y Salvador Jesucristo es justa y verdadera", dijo, "y también sabemos que la santificación por la gracia de nuestro Señor y Salvador Jesucristo es justa y verdadera". Pero además, y en concordancia con las enseñanzas del Salvador y de Pablo, José Smith también enseñó el principio de la responsabilidad: "La santificación por la gracia de nuestro Señor y Salvador Jesucristo es justa y verdadera, *para con todos los que aman y sirven a Dios con toda su alma, mente y fuerza*" (D. y C. 20:30–31; cursiva agregada).



No existe tal cosa como la salvación fácil y José Smith siempre predicó una basada en el dominio del cuerpo por el bien. Al igual que Pablo, enseñó que la maldad del impenitente no pasará inadvertida en el día del juicio. Exhortó a todos a poner en orden sus vidas y a "obrar con justicia delante de Dios y de todos los hombres; así estaremos limpios en el día de juicio".[12]

La doctrina de la importancia de las obras en ninguna manera le quita valor al papel de la redención del Salvador. ¿En dónde podemos encontrar un relato más conmovedor en cuanto al sufrimiento expiatorio de Jesucristo por la humanidad, que en las revelaciones dadas al profeta José Smith? "Padecimiento que hizo que yo, Dios, el mayor de todos, temblara a causa del dolor y sangrara por cada poro y padeciera, tanto en el cuerpo como en el espíritu, y deseara no tener que beber la amarga copa y desmayar.

"Sin embargo, gloria sea al Padre, bebí, y acabé mis preparativos para con los hijos de los hombres." (D. y C. 19:18–19.)

Por medio de José Smith se restauró el mismo evangelio que Pablo enseñó, reforzado con la seguridad del perdón después del arrepentimiento, y la promesa de que todo el que creyere y obedeciere los mandamientos podrá, por medio de Cristo, alcanzar la perfección.

Espiritualidad personal y sacrificios

Las cualidades espirituales tanto de Pablo como de José Smith son asombrosamente similares. Ambos hombres confiaban profundamente en Dios. Las sobrias epístolas de Pablo hacen referencia a sus constantes oraciones a favor de los santos y su esperanza de que éstos oraran por él. El gran milagro de quedar libres de la cárcel cuando sobrevino un terremoto tuvo lugar precisamente en medio de las devotas oraciones de Pablo y su compañero. (Véase Hch. 16:25–26.)

De manera similar, las cartas y diarios de José Smith, así como los discursos que pronunció en Nauvoo, están repletos de oraciones y súplicas por las bendiciones de Dios sobre su obra y sobre los Santos de los Ultimos Días. No se trata de referencias arregladas ingeniosamente, sino de las súplicas espontáneas de un hombre sincero. Su cercanía al Señor se manifiesta en las cartas personales que le enviaba a su esposa, las cuales escribió sin la menor intención de que algún día fueran publicadas. Para citar uno entre numerosos ejemplos, en 1832 le escribió para avisarle de una demora en su regreso a casa, mencionándole sus fervientes oraciones a Dios para suplicar su perdón y bendiciones y se refería a Dios como su amigo y consolador: "He puesto mi vida en sus manos. Estoy preparado para cuando me llame. Deseo estar con Cristo. Considero que mi vida no es lo importante, sino hacer su voluntad". [13]

El sacrificio por la obra caracteriza la misión de ambos hombres. Cuando los corintios dudaron de la Resurrección, Pablo simplemente les preguntó por qué habría él de llevar una vida de aflicción, arriesgando su vida en todo momento, por defender algo que no era verdadero. En cierta ocasión enumeró algunas de las adversidades que había sufrido en su ministerio:

"De los judíos cinco veces he recibido cuarenta azotes menos uno.

"Tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio; una noche y un día he estado como náufrago en alta mar;

"en caminos muchas veces; en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos;

"en trabajo y fatiga, en muchos desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y desnudez;

"y además de otras cosas, lo que sobre mí se agolpa cada día, la preocupación por todas las iglesias." (2 Cor. 11:24–28.)

José Smith también probó su sinceridad mediante el sacrificio. Al escribir a la Iglesia durante varios intentos de arrestos injustos que por varios meses lo obligaron a esconderse una y otra vez en Nauvoo y en otros lugares, también evocó: "La envidia y la ira del hombre han sido mi suerte común en todos los días de mi vida; . . . y, como Pablo, siento deseos de gloriarme en la tribulación" (D. y C. 127:2). En realidad, aunque el Profeta no haya resumido todas sus tribulaciones, cualquier historiador podría fácilmente tomar el formato del resumen de Pablo y adaptarlo a la vida de José Smith, tal como él mismo lo hiciera en la Cárcel de

La misión esencial de un profeta es testificar personalmente, y en el caso de los profetas Pablo y José Smith, lo hicieron en base a su contacto personal y directo con Jesucristo.

Liberty al referirse a las tribulaciones de su vida. (Véase D. y C. 122:5.)

Por ejemplo, en varias ocasiones hombres que profesaban ser cristianos apuntaron sus armas contra él en amenaza de muerte. En cierta ocasión fue golpeado, embreado y emplumado y dejado inconsciente. En dos ocasiones su vida se vio en peligro al viajar en diligencias a las cuales se les desbocaron los caballos, mientras que hacía la obra del Señor. Para escapar de sus enemigos tuvo que tomar rutas escondidas y vadear pantanos. Por la obra del reino, soportó por muchos años las condiciones incómodas de viajar por tierra, y se arriesgó en muchos viajes en buques de vapor por vías fluviales. Sufrió años de injusta persecución por parte de la justicia, lo que puso en peligro su propio hogar, y fue encarcelado durante todo un largo invierno en una cárcel inmunda, bajo acusaciones no verificadas. No obstante y en medio de todo, mantuvo su responsabilidad de dirigir la Iglesia, preocupándose, orando y planeando el bienestar de su familia y el de sus hermanos, los santos.

¿Por qué Pablo y José Smith soportaron todas estas cosas? Porque conocían positivamente la veracidad del evangelio, la Resurrección y el Juicio. José explicó que las persecuciones que había sufrido durante su vida por haber relatado sus visiones lo hicieron sentir "igual que Pablo . . . fueron pocos los que lo creyeron; unos dijeron que estaba mintiendo; otros, que estaba loco; y se burlaron de él y lo vituperaron. Pero nada de esto destruyó la realidad de su visión. Había visto una visión, y él lo sabía, y toda la persecución debajo del cielo no iba a cambiar ese hecho; . . . aunque lo persiguieran hasta la muerte . . . Así era conmigo" (José Smith—Historia 24:25).

El martirio

Tanto Pablo como José Smith habían predicho que iban a sobrevivir las primeras persecuciones, pero predijeron exactamente su propia muerte. En su última epístola, Pablo escribió: "Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano" (2 Tim. 4:6).

Desde el año 1842 José Smith había anunciado que su obra prácticamente estaba concluida y que en cualquier momento podría morir. En 1844 accedió a ser arrestado, diciéndole intrépidamente al gobernador Ford en varias cartas que el proceso legal era un pretexto "hasta que algún villano sanguinario encuentre oportunidad para matarnos". [14] En algunos diarios de su época se registran algunos de los presentimientos que José Smith tuvo cuando se dirigía a Carthage, Illinois. Willard Richards registró las palabras del profeta en la cárcel el día de su martirio: "He sentido una gran preocupación por mi seguridad personal, lo que nunca me había sucedido; es algo que no podía evitar". [15]

Su abogado, que no era miembro de la Iglesia, declaró que José había dicho la mañana del martirio "que no estaría vivo al siguiente día, tan seguro estaba de que sería asesinado, todo lo que sucedió efectivamente". [16]

Al leer las enseñanzas de José Smith y las epístolas de Pablo, podemos percibir la gran determinación y dedicación de estos profetas. Ambos eran hombres entregados a una misión. En cuanto a su obra, Pablo expresó: "Porque me es impuesta necesidad; y ¡ay de mí si no anunciare el evangelio! (1 Cor. 9:16). Con la misma convicción y tono de urgencia, José Smith dijo: "Si no me hubiera embarcado en esta obra, y si no hubiese sido llamado por Dios, me retiraría de ella. Pero no puedo hacerlo; no tengo duda de la verdad". [17]

Estos dos profetas, que habían estado en la presencia de Jesucristo, se daban cuenta de la urgencia de cada día y de la obra de las eternidades que se llevaba a cabo a su alrededor. Sus vidas son un elocuente testimonio de la veracidad de su mensaje —y de su llamamiento como profetas. ■

Richard L. Anderson, profesor de religión en la Universidad Brigham Young, tiene cuatro hijos y actualmente sirve en la presidencia de la Estaca 11 de BYU.

NOTAS

1. Andrew F. Ehat y Lindon W. Cook, *The Words of Joseph Smith* [Las Palabras de José Smith] (Provo, Utah: Religious Studies Center, Brigham Young University, 1980) pág. 12.
2. Parley P. Pratt, *Autobiography of Parley Pratt* (Salt Lake City: Deseret Book Co., 1979), pág. 298.
3. Carta de José Smith a Silas Smith, 26 de sept. de 1833, Kirtland, Ohio, cit. Lucy Smith, *Biographical Sketches* (Liverpool, 1853), pág. 208.
4. Por ejemplos, véase Ehat and Cook, págs. 10, 164, 230.
5. Ehat and Cook, pág. 5.
6. Ibid. pág. 14.
7. Véase Pratt, págs. 195–197, que indican su custodia poco restringida en Independence, Misuri, antes de que se le pusiera en constante vigilancia en Richmond y Liberty.
8. Véase Richard Lloyd Anderson, "Joseph Smith's Prophecies of Martyrdom" [Las profecías de José Smith sobre su martirio], *Sidney B. Sperry Symposium, Jan. 16, 1980* (Religious Instruction, Brigham Young University: Provo, Utah, 1980), págs. 9–10.
9. Ehat and Cook, pág. 123.
10. José Smith a los Doce, oct. de 1840, Nauvoo, Illinois, cit. Dean C. Jessee, *The Personal Writings of Joseph Smith* [Los escritos personales de José Smith] (Salt Lake City: Deseret Book Co., 1984), pág. 481, también cit. B. H. Roberts (ed.), *History of the Church of Jesus Christ of Latter-day Saints* [Historia de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días] (Salt Lake City: Deseret Book Co., 1978), 4:227.
11. Ehat y Cook, pág. 355.
12. Ibid, pág. 133.
13. José Smith a Emma Smith, 6 de junio de 1832, Greenville, Indiana; original en la Chicago Historical Society, cit. Jessee, pág. 239.
14. José Smith a Thomas Ford, 22 de junio de 1844, cit. *History of the Church*, 6:540.
15. Willard Richards, diario de José Smith, 16 de junio de 1844, manuscrito en posesión del Departamento Histórico de la Iglesia.
16. Col. J. W. Woods, "The Mormon Prophet" [El Profeta Mormón], Daily Democrat, Ottumwa, Iowa, 10 de mayo de 1885.
17. Ehat y Cook, pág. 179.

POR UN SACRIFICIO, DOBLE BENDICIÓN

por Mary Ann Young

¿Cómo podía ser posible que no hubiéramos aceptado a aquel precioso niño que se nos ofrecía? Después de tantos meses de orar y suplicar, y de vivir con la esperanza, ¿cómo podíamos hacer tal cosa?

Y sin embargo, un hermoso varoncito había llegado a este mundo y nosotros habíamos decidido que él no era para nosotros.

Al tratar de controlar nuestras emociones, reflexionamos sobre aquella experiencia que se originó con una extraña llamada telefónica a la medianoche de un día del mes de enero.

Había sido una noche tranquila, aunque todas nuestras noches así lo eran; en nuestra casa no había ningún bebé que se estuviera arrullando en su cuna, ni juguetes de colores, ni pañales doblados. Todas esas cosas alegres sólo existían en donde había niños.

Era ya muy tarde cuando sonó el teléfono esa noche memorable. James, mi esposo, acudió a contestar y escuchó por el auricular una voz femenina vagamente conocida.

—Un conocido mutuo mencionó que ustedes tienen interés en adoptar un niño. ¿No es así? —preguntó.

—Sí —respondió James—, nos gustaría mucho.

Al escuchar eso, salté inmediatamente, sorprendida. A medida que la conversación continuaba, prestaba atención a sus respuestas, deseando poder oír la voz de la persona con quien estaba hablando.

Al colgar el receptor, vi que la mano le temblaba, y que su voz sonaba tensa y nerviosa.

—Era una señora que conocí a través de un compañero de trabajo —dijo—. Dice que tiene una pariente lejana que no está casada y que está para dar a luz. Es una muchacha joven que no tiene empleo y no cree poder cuidar al niño cuando nazca; su familia no está en condiciones de ayudarla, y es por eso que piensa que lo mejor para la criatura sería que alguien la adoptara.

Esa noche revivimos las esperanzas y emociones que tantas veces habíamos sentido cuando pensábamos que ya nos iban a dar un bebé.

Sin embargo, transcurrieron las semanas sin que supiéramos nada al respecto, por lo que se desvaneció nuestro optimismo. Por las noches hablábamos en cuanto a ese bebé que estaba por nacer y en cuanto a su llegada a nuestro hogar. Sabíamos que la llamada telefónica no nos había traído más que falsas esperanzas, mas persistimos en orar y ayunar.

—Hay algunas agencias que se encargan de tramitar adopciones —dijo James—. Seguramente alguna trabajadora social se pondrá en contacto con ella, o quizás ella recurrirá a ellos. Probablemente eso sería lo mejor para una persona en esas condiciones. Las agencias con trabajadores sociales expertos se especializan en buscar el hogar más adecuado para los niños adoptados.

Ilustrado por Scott Snow

Todo lo que mi esposo estaba diciendo ya lo sabíamos. Por meses habíamos estado hablando con una trabajadora social a través de una agencia de adopción, y sabíamos que se encargaban de proveer servicios muy necesarios a aquellas parejas que deseaban niños y, en especial, a jovencitas solteras embarazadas que pensaban dar a sus hijos en adopción.

La espera continuó a través del frío y las nevadas del mes de febrero, hasta que otra de esas noches apacibles sonó de nuevo el teléfono a las dos de la mañana. Sentí que el corazón se me salía y, en medio de la oscuridad, busqué el receptor del teléfono.

—¿Podría hablar con James? —preguntó una voz fatigada de mujer.

—Sí, un momento. Está dormido, pero voy a despertarlo.

Quienquiera que fuese, debía tener urgente necesidad de hablar con él, pues de lo contrario no habría llamado a esas horas.

—Bueno —balbuceó James. Después de unos momentos empezó a contestar preguntas.

—Está bien. No sabíamos que ella todavía . . . Sí, la llamaré mañana.

Soltó el auricular en la cama; ya se le había ido el sueño.

—Está teniendo el bebé en estos momentos, y ¡está contando en que nos vamos a quedar con la criatura!

Permanecimos en silencio, atónitos. Alguien nos había llamado para decirnos que tenía un bebé para nosotros. ¡En esos precisos momentos! James rompió el silencio.

—No se registró con ninguna agencia, ni le habló a ninguna trabajadora social. Lo que hizo fue decirle a su pariente que nos llamara otra vez y que nos avisara que la criatura estaba por nacer y que quería que la adoptáramos.

Repentinamente, todas las inquietudes que habíamos tenido acerca de la adopción privada, pero que nunca habíamos examinado, fueron tema de una conferencia de madrugada. Llegamos a la conclusión de que a la mañana siguiente hablaríamos con nuestra trabajadora social y que le pediríamos su consejo, respaldado por treinta años

de experiencia en adopciones. Nos arrodillamos para pedir por aquella madre que se encontraba dando a luz para que se sintiera tranquila en cuanto a la decisión que estaba por tomar. Suplicamos bendiciones para aquella criatura, y guía e iluminación en nuestra decisión con respecto a ella.

Esa mañana nos sentamos a conversar con una mujer inteligente y amorosa que había dedicado muchos años de su vida al servicio de madres e hijos. Escuchó atentamente nuestro relato de las llamadas inesperadas y respondió un tanto pensativa:

—No puedo, ni me atrevería a tomar una decisión por ustedes. Esto está en sus manos y lo único que puedo hacer es ofrecerles mi opinión sobre el asunto. Sé lo ansiosos que están por tener un hijo, y también sé que frecuentemente las agencias requieren que las parejas esperen períodos aparentemente interminables. Ustedes prácticamente tienen a un bebé en sus manos, mientras que yo no puedo prometerles nada. Sin embargo, debo decirles que me preocuparía el hecho de que a James lo conoce una pariente de la madre del bebé.

Pausó unos momentos.

—Los años de experiencia me han enseñado que por lo general a los niños adoptivos les va mejor cuando la identidad de los padres naturales se mantiene totalmente anónima.

—Como ustedes saben, las agencias de adopción realizan estudios intensivos tanto con el niño como con las parejas interesadas con el fin de determinar cuál niño se acopla mejor con qué familia. —Continuó—: En esta situación no contarían con tal ventaja, ni tampoco sabrían nada sobre la historia médica del bebé.

Durante esas dos horas examinamos

un sinfín de ideas, opiniones profesionales, temores y sabias sugerencias y consejos.

Durante el trayecto a casa, ambos permanecíamos en silencio. No se podía negar que había un aire de tensión.

Al llegar, nos arrodillamos a orar, y yo supe la respuesta antes de que James me comunicara sus sentimientos. No era la respuesta que habíamos suplicado recibir. Ese niño no habría de venir a nuestra casa. Pero, ¿por qué? Era como si fuese un milagro y estábamos a punto de echarlo por la ventana.

—Sé que este bebé no es para nosotros y que no ha de venir a nuestro hogar —me dijo James—. No siento esa confirmación ni esa conciencia tranquila características de las respuestas positivas a una oración. Pero esta madre espera que yo le encuentre un hogar a su hijo; ese niño necesita un hogar, un buen hogar, y lo necesita hoy.

Hablamos sobre el asunto por un buen rato, pensando en lo que sería mejor para esa criatura. Hicimos algunas llamadas a algunos amigos y a varios profesionales que pudieran ayudarnos con sus consejos. Esa noche, James se comunicó con la señora que nos había llamado y brevemente le dijo porqué no podíamos quedarnos con el bebé. Le dio el nombre de una trabajadora social de amplia experiencia que podría ayudar directamente a la madre. Ella cortó y le habló a esa persona. Dos días después, el varoncito fue colocado en un hogar especial en el que se le amaría y cuidaría adecuadamente. Sabíamos que, en algún lugar, aquel niño se encontraba seguro, cómodo y en los brazos de algunos padres que desesperadamente lo habían estado esperando. No obstante, nos quedamos sentados en la orilla de la cama, después de recibir las noticias, preguntándonos el porqué y lamentando que hubiera tenido que ser así. Pero pese a nuestras dudas, sabíamos que un amoroso Padre Celestial nos había indicado, con sabiduría y comprensión que excedían nuestras limitaciones humanas, que aquel niño no nos correspondía.

Durante los vientos fríos del mes de marzo, estuvimos en casa en las noches tranquilas y en nuestro trabajo durante el día. Un lunes por la mañana, alrededor de las ocho, James despertó cantando. Le pregunté si había algo que hiciera aquel lunes especial, ya que para mí sólo significaba tener que volver a trabajar después de un gran fin de semana.

—No sé —dijo sonriendo—. Simplemente presiento que va a ser un buen día.

Salí hacia mi trabajo a la hora acostumbrada y me encontraba sumamente ocupada cuando el teléfono sonó a las 9:10.

—Hola, Mary Ann; habla Carol. —¡Era nuestra trabajadora social! Le habría reconocido la voz en cualquier parte.

—¿Piensa que le darían permiso para salir de la oficina para venir a recoger a un varoncito?

Todo el mundo en la oficina escuchó mi jubilosa exclamación. Nadie tuvo necesidad de preguntar de qué se trataba.

—¡Un varoncito! ¡Qué fantástico! ¿Cuándo? ¿Dónde? Voy a llamar a James ahora mismo. Vamos para allá.

—No me cuelgue todavía —agregó ella—. Necesito explicarle algunos detalles y hablarle un poco más acerca del niño.

—Me encontraba tan emocionada que apenas si podía escuchar lo que me decía, pero a medida que continuamos la conversación, me pareció que valió la pena hablar esos minutos extras.

Llamé a James inmediatamente.

—Carol me acaba de llamar. ¡Eres papá! Nos consiguió un varoncito. Ya lo tiene y espera que vayamos a recogerlo para llevarlo a casa. —Estaba tan nerviosa que casi ni podía hablar.

—Carol me habló del bebé, exactamente como te lo estoy diciendo. Así es que eso no es todo, querido; este niñito nuestro tiene un hermano.

—¿Qué quieres decir con que tiene un hermano? —me preguntó.

—Gemelos —le dije riéndome—. Eres el orgulloso padre de gemelos idénticos.

De inmediato nos dirigimos a la agencia, un tanto impacientes y temerosos al subir las escaleras que conducían al segundo piso; allí, quietecitos en su cuna, estaban nuestros bellos gemelitos, que pesaban dos kilos cada uno.

Nuestros gemelos habían nacido al día siguiente del nacimiento del bebé que habíamos tenido la oportunidad de adoptar. El mismo día que habíamos conversado con nuestra trabajadora social, en busca de su consejo, nuestros bebitos se encontraban en la sala de cuidado intensivo en el hospital, pesando un poco menos de dos kilos cada uno.

La agencia se ceñía estrictamente a la regla de que a los futuros padres nunca se les debía decir nada sobre algún bebé sino hasta que éste fuera dado de alta del hospital y estuviera listo para ser colocado en el hogar. Carol y los demás trabajadores sociales de la agencia se habían reunido y nos habían seleccionado como los padres de aquellos gemelitos poco antes de que nacieran, mas no podían decirnos nada sino hasta que hubieran nacido, hubieran subido el peso adecuado y pudieran ser dados de alta. Nuestros hijos estuvieron en el hospital, creciendo y esperando conocernos, por diecisiete días antes de que recibiéramos la llamada de la agencia esa gloriosa mañana de aquel lunes.

Seis meses después, Carter James y Jefferson Thomas fueron sellados a nosotros en el templo, ya que ese era el período de espera requerido por las leyes estatales. El gozo que han traído a nuestro hogar es algo indescriptible. Tanto James como yo sentimos la plena seguridad de que estos bellos gemelitos estaban destinados para nosotros. Muchas veces me detengo a contemplarlos llena de amor y reparo en que si no hubiéramos escuchado el consejo de nuestro Padre Celestial, no estarían con nosotros en estos momentos, y podríamos haber perdido una de las más grandes bendiciones que jamás hayamos recibido. ■

Mary Ann Young, enfermera titulada y madre de cuatro hijos, es miembro del Barrio 1o de Edgemont, en Provo, Utah.

El élder Kikuchi en su escritorio en el edificio administrativo de la Iglesia en Salt Lake City. Es el primer miembro de nacionalidad japonesa que ha sido llamado como Autoridad General. Fue sostenido como miembro del Primer Quórum de los Setenta en octubre de 1977.

EL ÉLDER YOSHIHIKO KIKUCHI: CONSTANCIA EN MEDIO DEL CAMBIO

por Larry E. Morris

Octubre, 1977. Mientras se escucha el postludio del órgano en el Tabernáculo de la Manzana del Templo en Salt Lake, el élder Yoshihiko Kikuchi, que acaba de ser sostenido como miembro del Primer Quórum de los Setenta, saluda afablemente a algunos conocidos. Uno de ellos, que es presidente de estaca en Japón, le presenta a un amigo suyo, R. Gordon Porter, presidente de una de las estacas de Salt Lake City.

—Presidente Porter —dice el élder Kikuchi—, ¿no sirvió usted una misión en Japón?

—Sí, en efecto —contestó el presidente Porter, preguntándose cómo es que el élder Kikuchi lo sabía.

Se estrechan la mano y el élder Kikuchi mira fijamente al presidente Porter y le dice:

—Usted me confirmó miembro de la Iglesia.

Con una expresión de incredulidad, el presidente Porter trata de recordar la época en que estuvo en Japón.

—Eso hacía ya casi veinte años —agrega más tarde—, pero cuando nos dimos la mano, acudió a mi mente el recuerdo de aquel hogar en Hokkaido, y la figura de aquel joven *gakusei* (estudiante) que en la puerta de su casa escuchaba a mi compañero mayor, Delmont Law.

Este encuentro, acaecido después de dos décadas y a través de miles de kilómetros, es un símbolo de la forma en que el evangelio ha afectado la vida de Yoshihiko Kikuchi, causándole inesperadas transiciones y una serie de cambios. Sin embargo, a través de todos ellos ha permanecido fiel y humil-

de.

Los antecedentes del élder Kikuchi parecerían indicar que probablemente nunca se convertiría a la Iglesia. Nació en el año 1941 y se crió en la "zona nevada" rural de Hokkaido, isla situada al extremo norte de Japón. Los misioneros Santos de los Ultimos Días habían abandonado ese país más de diez años antes de que él naciera, pues no habían tenido mucho éxito en un lugar sumergido en tradiciones. Durante la década de 1930 virtualmente se desvanecieron los últimos rasgos de la organización de la Iglesia, a raíz de la creciente ola de anti-americanismo y militarismo.

Cuando Yoshihiko apenas tenía cinco meses de edad, Japón bombardeó la base naval Pearl Habor, en Hawai, lo que determinó la entrada de Estados Unidos en la segunda guerra mundial. Poco antes de que terminara la guerra, el padre de Yoshihiko, que se encontraba en el servicio militar japonés, murió en un bombardeo encabezado por norteamericanos en Japón. Son muy pocas las personas que habrían esperado que un muchacho, en las condiciones de Yoshihiko, fuera a unirse alguna vez a una iglesia "americana".

—Tenía muchos resentimientos en contra de los norteamericanos a causa de la muerte de mi padre —nos dice el élder Kikuchi—. Ese día que les abrí la puerta [en 1958] a dos misioneros norteamericanos, ataviados con sombreros y abrigos, por supuesto que les dije: 'No, muchas gracias'.

Aun ese mismo día en que conoció a los misioneros mormones, fue una circunstancia accidental, puesto que a esa hora él normalmente habría estado en la escuela. Mas estaba recuperándose de una enfermedad que lo había postrado. Debido a que era un joven trabajador, se había estado levantando a las cuatro de la mañana para ir a trabajar y después poder asistir a la escuela por las noches, haciendo todo sacrificio por ayudar a su madre a sostener a la familia. Este riguroso horario lo dejó completamente exhausto y un día se desmayó en el trabajo. Cuando le dieron de alta en el hospital, lo llevaron a casa de un tío. Así fue como el día en que los élderes Law y Porter tocaron a su puerta él se encontraba solo en casa.

Del mismo modo en que Yoshihiko normalmente habría estado en otro lugar ese día —en la escuela o en el trabajo—, los élderes normalmente habrían también estado haciendo otras cosas, ya que se trataba de su día de preparación. El caso es que durante las semanas anteriores los élderes no habían podido encontrar muchos investigadores y por tal razón habían salido a tocar todas las puertas posibles, ya que el élder Law se había sentido inspirado a hacerlo.

El élder Law insistió en hablar ese día con Yoshihiko, aun cuando éste ya había rehusado hablarles, diciéndole que tenían un mensaje importante para él y que sólo tomarían unos minutos.

—La crisis de salud en la que me encontraba me había hecho sentir la necesidad de buscar a Dios —señala el élder Kikuchi—, así que los dejé entrar. Me dejaron muy impresionado con la historia de José Smith.

—Yoshihiko me dio la impresión de ser un jovencito excepcional —dice el hermano Law, que actualmente reside en Mapleton, Utah—. Sabía que él estaba preparado para recibir el evangelio.

—Me siento muy agradecido de que los misioneros hayan andado la segunda milla —comenta el élder Kikuchi. Hoy día expresa frecuentemente su aprecio por la obra que cumplen los misioneros—. Deseo expresar a los santos de Norteamérica lo mucho que aprecio mi testimonio. Especialmente quiero que los hermanos de edad madura sepan que agradezco profundamente el legado y herencia que han preservado. He conocido miembros de la Iglesia en Bend, Oregón; Salmon, Idaho; Tooele, Utah; y muchos otros lugares. Esta gente maravillosa vive muy sencillamente y cada semana asiste fielmente a la capilla. Muchos de ellos tal vez se preguntan si es que realmente están contribuyendo en algo al reino de Dios. Quiero asegurarles que sí. Se trata de personas fieles que crían a sus hijos e hijas en rectitud y luego los envían a servir al Señor en una misión. Quiero que sepan que están efectuando una obra realmente maravillosa para el Señor.

Después de su propio contacto con los misioneros, el élder Kikuchi resultó ser un "investigador de oro", ansioso de recibir las lecciones misionales y de asistir al centro de reuniones aun cuando no había fijado ninguna cita con los élderes. En la primavera de 1958, pocas semanas después de haber conocido a los misioneros, fue bautizado por el élder Law. Fue el día 6 de abril, el aniversario de la organización de la Iglesia.

Tres años más tarde, Yoshihiko también se convirtió en misionero. Mientras servía en la isla japonesa de Kyushu, tuvo una experiencia que ha sido de importancia crucial en su vida. El élder Gordon B. Hinckley, que en ese entonces era miembro del Consejo de los Doce, se encontraba de visita en Japón y se dirigió a los misioneros en una de sus conferencias de zona. El único misionero japonés presente en esa ocasión era Yoshihiko.

Yoshihiko a los seis meses de edad, 1941.

—Tuvimos una reunión de testimonios, y yo fui el último en dar mi testimonio —relata el élder Kikuchi—. Me paré y empecé a hablar en japonés. De repente, pareció acogerme un espíritu de inmensa paz y, sin saber siquiera lo que estaba diciendo, empecé a hablar en inglés. No sabía qué decía, pero sí recuerdo el bello sentimiento que sentí.

Cuando terminó y volvió a su asiento, el élder Hinckley se puso de pie y pronunció una bendición especial para el élder Kikuchi. Desde ese día, se interesó mucho en aprender inglés, suponiendo que sería necesario en el futuro al trabajar en el reino. Muchas veces llevaba consigo una radio de transistores, e imitaba las voces que escuchaba por la radio cadena de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos de Norteamérica.

—No lo habría podido aprender sin la ayuda del Señor. Le agradezco el haberme ayudado a aprenderlo —dice.

Su fluidez en el idioma inglés aumentó, y en los primeros años de la década de 1970, mientras servía en la

presidencia de la Estaca de Tokio, frecuentemente actuó como intérprete para varias Autoridades Generales que hablaban en las conferencias de estaca.

—Recuerdo muy bien a "Kikuchi Kyodai" [Hermano Kikuchi] —dice un ex-misionero—. Se paraba en el estrado a la par de la Autoridad General visitante y escuchaba muy atentamente; luego interpretaba con el mismo énfasis y sentimiento del discursante. Era evidente que tomaba muy en serio su asignación.

Entre los líderes de la Iglesia para los que el élder Kikuchi prestó este servicio se encuentran el presidente Joseph Fielding Smith (en ocasión de una visita de santos japoneses a Salt Lake City), presidente N. Eldon Tanner, presidente Spencer W. Kimball, presidente Hinckley y muchas otras Autoridades Generales. Pero, de todas sus asociaciones con Autoridades Generales, la que se ha conservado más frecuente y duradera es aquella que empezó en aquella pequeña conferencia de zona llevada a cabo a principios de la década de 1960. El presidente Gordon B. Hinckley y el élder Kikuchi se vieron una y otra vez en los frecuentes viajes del presidente Hinckley a Japón, los cuales suman casi cuarenta.

El élder Kikuchi sirvió una misión de tres años y medio, incluyendo una extensión de seis meses como misionero regular de proselitismo y otra de doce meses como misionero obrero. En menos de dos semanas después de haber regresado a casa en 1964, contrajo matrimonio con Toshiko Koshiya, quien se había unido a la Iglesia en su juventud, después de dos años de estudio, y había conocido a Yoshihiko poco tiempo después de su bautismo.

Con el acontecimiento de su matrimonio tuvo lugar otra transición clave en la vida de Yoshihiko: la joven pareja se mudó de la tranquila y tradicional región del norte de Japón a la bulliciosa y agitada metrópolis "occidental" de Tokio. Yoshihiko pronto pasó a ser esposo, padre, estudiante universitario de psicología comercial, más tarde empleado de una firma de utensilios de cocina, y presidente de la Rama Oeste, que más tarde llegó a ser el Barrio Tercero de Tokio. Se refiere a este período como a la época de mayor desarrollo en su vida.

Reservada y modesta, la hermana Kikuchi recuerda aquellos días con añoranza:

—Tuvimos muchas bendiciones. Yoshihiko trabajaba arduamente cada minuto.

A decir verdad, el empuje que él había mostrado en su juventud no parecía haber disminuido; apenas si dormía cuatro horas cada noche.

—Nunca se quejaba —continúa la hermana Kikuchi, sin mencionar sus propios sacrificios y fidelidad, tan cruciales durante ese período.

Después de los treinta años de edad, el élder Kikuchi por fin parecía haber encontrado un estilo de vida permanente y definido: él y Toshiko eran ya padres de tres niñas y un varón; él era presidente de la Estaca Tokio; la familia residía aún en la "Rama Oeste"; y él tenía un trabajo excelente en una compañía internacional como gerente regional de ventas para todo Japón.

Mas todavía les esperaba otra transición.

Cierto día del año 1977, el élder Kikuchi recibió una llamada telefónica del élder Adney Y. Komatsu, del Primer Quórum de los Setenta (que en-

Yoshihiko Kikuchi, a los quince años de edad (abajo, izquierda), posa con algunos amigos y maestros después de su graduación de la escuela secundaria.

El élder Kikuchi a los diecinueve años, mientras servía como misionero en Osaka, Japón.

tonces servía en Tokio como Supervisor de Area), para informarle que el hermano Arthur Haycock, secretario personal del presidente Kimball, había estado tratando de comunicarse con él. Ese mismo día, a eso de la medianoche, recibió otra llamada de la oficina de la Primera Presidencia. El presidente Kimball tomó el teléfono y le preguntó acerca de su salud y su familia, y luego le preguntó si tenía planes de viajar a Salt Lake para la conferencia general de octubre. El élder Kikuchi le indicó que a él le correspondía asistir a la conferencia sólo una vez al año y que seis meses antes había estado en Salt Lake City.

—¿Cree que podría venir de todas formas? —le preguntó el presidente Kimball—. Me gustaría hablar con usted. Póngase en contacto conmigo cuando llegue a Salt Lake.

Esa fue toda la información que recibió.

Entre suposiciones y preocupaciones sobre la razón de ser llamado a ir a Salt Lake City, el élder Kikuchi hizo todos los arreglos necesarios para viajar, sólo para descubrir que su pasaporte se había vencido unos días antes. Después perdieron algunos vuelos (problema que los Kikuchi nunca habían tenido, ni les ha vuelto a suceder desde entonces) y su esposa perdió su bolso de calle, de modo que todo esto, sumado a otra serie de frustraciones, les impidió llegar a tiempo y perdieron la cita que habían fijado para esa tarde con el presidente de la Iglesia. Esa noche se quedaron con unos amigos, y la espera continuaba.

Temprano a la mañana siguiente, finalmente se reunieron con el presidente Kimball, que los recibió muy amablemente. Después de inquirir sobre el bienestar de los Kikuchi y su familia, el Presidente procedió a anunciar la razón por la que les había pedido que viajaran a Salt Lake City.

—Hermano Kikuchi, el Señor lo ha llamado para servir como una de las Autoridades Generales.

Totalmente sorprendido, el élder Kikuchi apenas pudo articular palabra.

—Presidente Kimball —dijo con voz entrecortada—, discúlpeme, pero, ¿cómo dijo?

—El Señor lo ha llamado para servir como una de las Autoridades Generales de la Iglesia.

Al recordar aquel conmovedor momento, el élder Kikuchi dice:

—Mi esposa y yo lloramos y lloramos de profunda emoción.

Así fue como Yoshihiko Kikuchi se convirtió en la primera Autoridad General de nacionalidad japonesa, uniéndose de este modo a su amigo y compañero, el élder Komatsu, nacido en Hawai de antepasados japoneses.

A pesar de que el élder Kikuchi aceptó de todo corazón y buena voluntad el llamado del Profeta, dudaba de su capacidad para desempeñar tal llamamiento.

—Nunca esperé ser llamado a tan enorme responsabilidad —dijo en su primer discurso de conferencia general—. Todavía me pregunto y lo pregunto al Señor: "¿Por qué yo, Señor?" Y, sin embargo, en lo más recóndito de mi ser oigo . . . "Iré do me mandes, iré, Señor". (*Liahona*, feb. de 1978, pág. 100.).

De la misma manera en que su experiencia inicial con los misioneros le hizo sentir un gran aprecio por los misioneros y sus padres, su traslado desde una pequeña rama japonesa a su oficina en la sede de la Iglesia en Salt Lake City ha tenido también un fuerte impacto en su perspectiva de la vida.

—Para mí —dice—, es muy importante recordar que el evangelio lo es todo en mi vida y que ésta es la Iglesia de Jesucristo, establecida para toda raza y nacionalidad, porque es una Iglesia internacional, universal, para todo pueblo.

Este énfasis en la universalidad del evangelio se ha convertido en un tema distintivo de los discursos del élder Kikuchi:

"Ojalá que . . . nosotros, como miembros de la Iglesia, tengamos el valor de enfrentar al mundo con este grandioso mensaje del evangelio sempiterno, el evangelio restaurado de Jesucristo, con 'toda nación, tribu, lengua y pueblo' (D. y C. 77:8). Mis hermanos, debemos ser 'la luz del mundo' (Mateo 5:14)". (*Liahona*, enero de 1980, pág. 47.)

La asignación actual del élder Kikuchi, como consejero en la Presidencia del Area Norte de Salt Lake City (previamente fue Administrador Ejecutivo del Area de Granger-Murray), le ha llevado mucho más allá de aquellas reuniones al aire libre a las que fielmente asistía con los élderes después de su bautismo. Mas esos humildes co-

Toshiko y Yoshihiko Kikuchi con su hija mayor, Sarah, en el verano de 1966.

mienzos han tenido en él una influencia profunda, y a medida que continúa cumpliendo con su llamamiento en Utah o cualquier otro lugar, constantemente recalca estas dos ideas íntimamente relacionadas: los miembros de la Iglesia están llevando a cabo una obra grande y maravillosa al vivir con integridad y rectitud y al enviar a sus hijos a servir misiones, y necesitamos recordar que Cristo es el centro de nuestra fe y que su evangelio es para todo el mundo y por tanto debe ser predicado a toda nación cuanto antes posible.

Al poco tiempo después de haber sido bautizado, el élder Kikuchi se convirtió en misionero a su propio pueblo. Más adelante fue presidente de rama, consejero del presidente de una misión, consejero de un presidente de estaca y también presidente de estaca. Poco tiempo después de ser llamado como Autoridad General, extendieron su área de servicio en Asia; esta vez fue nombrado Administrador Ejecutivo de Area para Japón y Corea.

Cabe mencionar que uno de los presidentes de misión que sirvió bajo la supervisión del élder Kikuchi fue R. Gordon Porter.

—Cada vez que me llamaba por teléfono —recuerda el presidente Porter—, me decía: "Le habla su investigador".

La familia Kikuchi en la actualidad (de izquierda a derecha): la hermana Kikuchi, Matthew, el élder Kikuchi, Ruth, Renah y Sarah.

Prácticamente todas las veces que hablaban, el élder Kikuchi le agradecía lo que él y el élder Law habían hecho por él.

—Pero nosotros no habíamos hecho nada espectacular —dice el presidente Porter—. Tal como lo hacen muchos otros misioneros, simplemente estábamos trabajando en el día de preparación.

No obstante, el esfuerzo extra que realizaron aquella tarde resultó en la conversión de un hombre que ha tenido la oportunidad de ejercer una influencia positiva en muchas otras personas. La propia conversión del élder Kikuchi ilustra dos de sus mayores ideales: que el Señor obra por medios pequeños y que la obra misional tiene un efecto repercusivo que no podemos llegar a comprender.

El élder Kikuchi sirvió en Japón como Administrador Ejecutivo de 1978 a 1982, y se encontraba allí cuando se llevaron a cabo varias conferencias de área en diferentes lugares de Asia y la dedicación del Templo de Tokio. Ocurrió entonces otra transición: abandonar Tokio —antes una ciudad extraña, pero ahora su hogar— y dejar su propia patria para trasladarse a Salt Lake City y adoptar un nuevo idioma y una nueva cultura. Basta con que nos imaginemos que somos nosotros los que tenemos que abandonar nuestro país natal, para comprender el ajuste que tal traslado implica.

—El idioma inglés es difícil —dice la hermana Kikuchi, que actualmente sirve como directora de música de la Sociedad de Socorro y como maestra visitante en su barrio—, pero nos sentimos muy felices de estar aquí.

Los hijos de los hermanos Kikuchi: Sarah, de diecinueve años de edad; Renah, de dieciséis; Ruth, de catorce; y Matthew, de diez, han superado la dificultad de haber dejado Japón y aprendido un nuevo idioma. Actualmente todos asisten a las mismas instituciones educativas de habla inglesa a las que asisten sus muchos amigos.

—Al principio extrañábamos mucho nuestro país —dice el élder Kikuchi—, pero ahora ya nos hemos adaptado. —Luego, con una sonrisa, agrega—: "Por supuesto que todavía extrañamos el *sashimi* [pescado crudo].

Tanto él como su esposa siempre les han recalcado a sus hijos que el llamamiento del élder Kikuchi es como cualquier otro: debe ser desempeñado con gran fidelidad y con la mente dirigida hacia el Señor y no hacia ningún afán de logro personal.

—Siempre les hemos enseñado a nuestros hijos que todo llamamiento en la Iglesia es importante, sin importar cuál sea; todos los llamamientos vienen del Señor —expresa la hermana Kikuchi.

La familia Kikuchi participa de varias actividades que todos disfrutan juntos, tales como música, lectura, cocina, pesca y paseos. Los pasatiempos del élder Kikuchi son reflejo de la clase de hombre considerado y meticuloso que es: horticultura, pintura y carpintería.

A sus cuarenta y tantos años, ha vivido ya una vida extraordinaria, llena de cambios que ni él ni los que lo rodean jamás se imaginaron. No obstante, se han manifestado señales constantes e inconfundibles de la influencia del Señor en su vida, las cuales han labrado su firme testimonio:

—Amo a nuestro Padre Celestial. Sé que Dios vive y que hoy día hay un profeta viviente, a quien apoyo con todo el corazón. El Señor vive, y éste es su evangelio. El Salvador, Jesucristo, es el centro de nuestras vidas; lo amo con todo mi corazón. ¡Es en él, por él y a través de él que podemos ser salvos! ■

El don del Espíritu Santo

por Alice Stratton

Llena de emoción, bajé las escaleras vestida en mis pijamas y exclamé:

—¡Atención todos! ¡Ya tengo ocho años!

—¡Es cierto! ¡Feliz cumpleaños, Ana Lía! —dijo mamá, levantándome en el aire y dándome un beso.

—¡Pensé que *nunca* iba a cumplirlos! —respondí.

Cuando tenía siete años, lo más importante para mí era prepararme para cuando tuviera ocho. Siempre había alguien que me decía que sabía que yo tenía siete años por los dientes que me estaban saliendo y que eso significaba que al llegar mi próximo cumpleaños ya tendría la edad para ser bautizada.

Así es que ahora había llegado ese día tan esperado. Le pregunté a mamá:

—¿Puedo invitar a Caty a mi bautismo? —Ella no es mormona, pero le gusta ir a la Primaria conmigo.

—¡Claro que sí! —contestó mamá—, y puedes invitar a sus padres también.

Desayuné rápidamente y después me fui corriendo a la casa de Caty. Me divisó en la distancia y abrió la puerta para recibirme.

—¡Adivina qué! —le dije resollando—. Esta noche me van a bautizar, y quiero invitarlos a ti y a tu mamá y a tu papá para que vayan.

Ella y sus padres no sólo fueron a mi bautismo, sino que también asistieron a la capilla al día siguiente para ver mi confirmación. A la mañana siguiente, Caty vino a casa a jugar a las muñecas conmigo y mis hermanas, Carlita y Lucía. De repente preguntó:

—Ana Lía, ¿qué es el Espíritu Santo?

Me tomó tan de sorpresa que no supe qué decir. Lucía es dos años mayor que yo, así es que la miré para que me ayudara, pero ni siquiera levantó la vista y siguió peinando a su muñeca.

Mi imagino que Caty debe de haber pensado que yo no había entendido su pregunta, pues volvió a insistir:

—Ayer en la Iglesia, cuando tu papá puso sus manos sobre tu cabeza, dijo: *Recibe el Espíritu Santo*. ¿Qué es el Espíritu Santo?

Aparenté estar muy ocupada poniéndole una boina a mi muñeca, lo cual me dio tiempo para pensar. Para mí, el Espíritu Santo simplemente era Alguien que existía y que no necesitaba explicación. Pero Caty no se iba a quedar tranquila hasta que le diera una respuesta. Por fin le dije:

—Bueno, el don del Espíritu Santo es algo muy bueno.

—¿Qué hace el Espíritu Santo? —preguntó entonces.

—Es un personaje de espíritu que no podemos ver, pero El ayuda a la gente a saber lo que deben hacer.

—¡Ah! —respondió, y yo me alegré de que no hiciera más preguntas.

Después de que Caty se fue a su casa, me senté en el portal y me puse a pensar sobre mi bautismo, sobre los azulejos celestes de la pila y del momento en que papá me tomó de la mano al bajar los escalones. Recordé lo bien que nos veíamos los dos vestidos de blanco, y del ruido del agua en el momento que él me sumergió. Pensé además en el domingo y en el vestido blanco de vuelos que Lucía también había usado dos años antes cuando la habían confirmado. Sólo que ella había llevado listones rojos en la cintura y en su pelo oscuro, y los míos era azules. Recordé a mis tíos y a mis maestros orientadores parados al lado de papá cuando él me confirmó y sus sonrisas y apretones de mano al finalizar la bendición.

Al pensar en la pregunta de Caty, recordé que papá había hablado una vez del sentimiento de advertencia que el Espíritu Santo nos da cuando nos quiere ayudar a no hacer nada incorrecto en un momento de tentación. Necesitaba tal ayuda aquel día que quería tanto un caramelo. Había sacado dinero del bolso de mamá sin que ella se diera cuenta, y ni siquiera había sentido remordimiento al dárselo al señor de la tienda.

A la mañana siguiente, mamá me dijo:

—Anita, si te apuras a poner la carta de papá en el correo, haré un pastel de chocolate para el almuerzo.

Carlita y Lucía ya se habían ido a hacer un mandado a la casa de la tía Silvia, así que yo era la única que quedaba para hacerlo.

Cuando mamá buscó el dinero en su bolso, me dijo:

—¡Qué raro! Pensé que tenía el cambio exacto para comprar una estampilla, pero veo que no me alcanza.

Sacó todo lo que tenía dentro del bolso y lo sacudió. Entonces dijo:

—Mmmmmm, creo que voy a tener que ir al banco a sacar algún dinero para poder enviar esta carta de tu papi. Tendré que hacer el pastel de chocolate otro día, pues ya que voy a salir, voy a aprovechar para hacer otras cosas que necesito.

—Pero, mami, ¿no puedes mandar la carta mañana? Ya se me antojó el pastel de chocolate.

—No, hija; tu papá dijo que la depositáramos hoy mismo.

—¿Qué vamos a almorzar hoy? —le pregunté.

—Bocadillos de jamón. Por favor quédate cerca del teléfono, pues estoy esperando una llamada de la hermana Solís y quiero que le digas que yo le llamaré cuando vuelva.

Cuando la vi alejarse en el auto, me

sentí terriblemente.

Eso sucedió el año pasado. Al pensar en eso ahora que había sido bautizada, pensé que era importante decirle la verdad a mamá. Pensaba en darle también una de mis monedas de mi regalo de cumpleaños para enmendar lo que había hecho.

Todavía me encontraba sentada en el portal de casa cuando escuché a Juanito Rodríguez, el vecino, que venía haciendo un estruendo al caminar sobre unas latas amarradas a sus zapatos.

—¿Que tal, Ana Lía? —dijo—. Adivina por qué estoy tan alto.

—Ya lo sé, porque te oí desde que venías por la acera —le respondí.

—¿Quieres ir a mi casa? Tengo dos latas más que te puedo prestar para que te las pongas —me ofreció.

—No puedo; estoy descalza —le contesté—. Además, estoy pensando en algo muy importante.

—Está bien; cuando termines, ponte los zapatos y ven a mi casa —agregó, y se fue, haciendo aquel gran ruido con las latas.

Yo seguí pensando en la pregunta de Caty. En una de nuestras lecciones de la Primaria había aprendido que el Espíritu Santo es el Espíritu de verdad. Nuestra maestra nos había enseñado que El nos iba a ayudar a no mentir. Supuse que necesitaba ayuda también en eso. Me acordé entonces del día en que mamá había entrado en la cocina minutos después de que accidentalmente derramé el azúcar en el piso. Sin darle oportunidad de hablar, le dije que Lucía había tenido la culpa.

—Anita, acércate a la ventana —me había dicho—. ¿A quién ves allá?

Lucía estaba jugando en el columpio que colgaba del árbol. Entonces respondí:

—Por eso es que ella tiene la culpa; estaba apurándome para ir a jugar con ella y entonces me tropecé con la mesa.

—Anita —dijo mamá, levantándome la cara hacia ella—, nadie quiebra un plato a propósito; a todos nos ocurren accidentes. Lo importante en este caso no es el azúcar derramada ni la azucarera quebrada, sino tú. Lo que a mí me interesa verdaderamente, más que toda la vajilla, y aun los vasos de cristal, es una pequeñita que siempre diga la verdad.

No pude levantar la vista. A pesar de que sabía que debía pedirle disculpas, no lo hice. En cambio, le pregunté:

—¿No crees que algunas veces los platos que están muy cerca de la orilla se caen solos?

—¡Ay, mi Anita! —replicó, y realmente habría preferido que me azotara y no que me mirara de la forma en que lo hizo. Eso me habría sentado mejor.

Todavía me encontraba afuera en el portal, pensando, cuando Carlita y Lucía aparecieron corriendo por la casa.

—Ven a jugar a la pelota con nosotras —dijeron.

Nos tirábamos la pelota la una a la otra, una y otra vez, cuando Carlita me la lanzó muy alto y, al correr hacia atrás para agarrarla, me resbalé y caí de espaldas sobre los lirios azules de mamá. En esos precisos momentos la vi venir con las tijeras podadoras en la mano, pues venía a cortar un ramo. Al ver las flores estropeadas, me iba a apresurar a decir algo, cuando algo dentro de mí pareció decir: *No, Ana Lía, esta vez no vas a decir que Carlita tuvo la culpa*.

—Lo siento, mami —le dije—; iba corriendo de espaldas y me caí.

—Sí, lo sé; te vi —agregó ella.

—¿Y no estás enojada conmigo?

—Por supuesto que no.

Por la forma en que se reía, casi me sentí bien de estar sentada sobre las flores.

—Mira qué bonitos son los lirios en los que *no* te sentaste —comentó—. ¡Una hija que dice la verdad vale mucho más que todo un jardín lleno de flores!

¡Ah! Ese debe haber sido el Espíritu Santo, indicándome que dijera la verdad, pensé. *Y El me está ayudando a aprender que cuando se hace lo correcto se siente algo maravilloso.*

¡Casi no podía esperar decírselo a Caty! ■

Entre amigos

Una entrevista personal al élder Dean L. Larsen, de la Presidencia del Primer Quórum de los Setenta, por Janet Peterson.

"Me crié en Hyrum, Utah, en una antigua casa, cuya construcción original fue de una habitación de tronco de madera, a la cual se le agregaron más habitaciones y un segundo piso. Soy el quinto hijo y tengo tres hermanos y tres hermanas. Mi padre era maestro de biología en la escuela secundaria de la localidad y durante el verano trabajábamos en la granja para ayudarle con los gastos del hogar.

"Eramos una familia unida y siempre trabajábamos juntos. En la granja teníamos vacas, caballos, cerdos y gallinas, y sembrábamos judías verdes y tomates que vendíamos a las fábricas de envasado en Hyrum.

"Teníamos un sembrado de frambuesas, lo cual me disgustaba mucho, porque la época en que maduraban y debían cosecharse coincidía con las fiestas de la independencia, el 4 de julio; y la llegada de los pioneros al Valle de Salt Lake, el 24 de julio.

"Después de un año, los tallos que daban frutos se secaban y era necesario cortarlos. Por lo tanto, cada primavera teníamos que podar los tallos secos de las frambuesas. A mí me fastidiaba tener que ir entre los arbustos y cortar todos aquellos tallos, llenos de espinas. Todos los años sacábamos carretas llenas de tallos. Usualmente los amontonábamos en la calle contigua a nuestra propiedad y hacíamos grandes fogatas. Todos los niños de la vecindad iban a jugar y a asar manzanas y papas.

"Recuerdo que clavaba algunos de estos tallos viejos en forma paralela en el camino y entonces colocaba otro en la parte de arriba formando vallas. Entonces corría y las saltaba. En ese momento era solamente un juego para mí, pero cuando fui a la secundaria y a la universidad participé como corredor de vallas en los equipos de campo y pista.

"Como no teníamos dinero para gastar en diversiones, nos las arreglábamos para entretenernos de alguna manera, lo cual no nos molestaba en absoluto.

"Todos teníamos amigos en el vecindario, pero los más íntimos eran mis propios hermanos y hermanas. Lo que más nos gustaba hacer era aquello que hacíamos juntos; éramos leales el uno al otro y aún continuamos siéndolo."

Hablando más acerca de su niñez, el élder Larsen agregó:

"Vivíamos cerca de la represa de Hyrum, la cual todavía existe, y casi todos los días durante los veranos, después de terminar con nuestro trabajo, nos íbamos a nadar allí.

"A mi padre siempre le gustaron mucho las actividades al aire libre, y el ir a pescar y cazar era para nosotros un pasatiempo muy acostumbrado. Recuerdo que desde muy pequeño, aun antes de tener la edad para portar armas de fuego o sacar una licencia para cazar, iba y participaba de estas actividades en el otoño. Fueron experiencias maravillosas.

"Desde niño", dijo el élder Larsen, "siempre me han gustado mucho los caballos. En el día de mi cumpleaños, una de las yeguas tuvo cría, de modo que papá me regaló el potro y me dijo que era mi responsabilidad criarlo y entrenarlo. Los dos nos encariñamos mucho, y cuando llegó el momento en que podía montarlo, podía hacer cualquier cosa con él. El confiaba en mí y yo en él, y nunca tuve necesidad de

"Creo que los hijos juegan un papel importante en la responsabilidad de establecer un sentimiento de solidaridad en el hogar."

domarlo, porque todo lo hacíamos de común acuerdo."

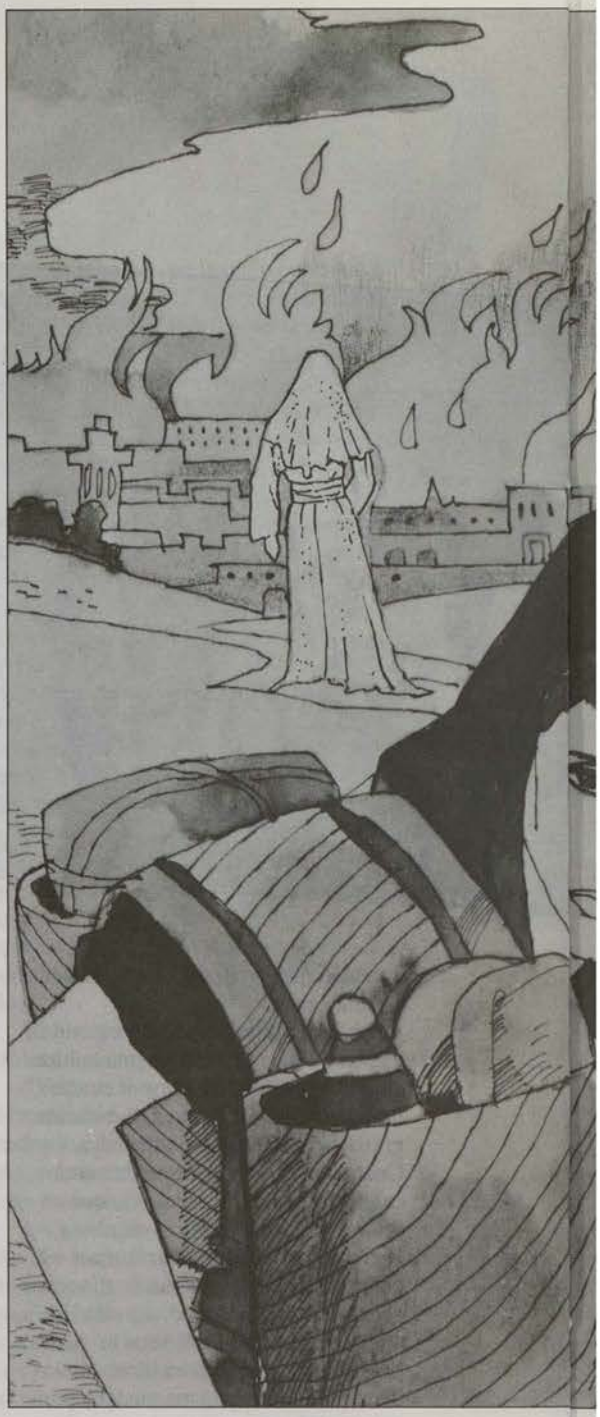
Al élder Larsen siempre le gustó la lectura. "En la casa había una habitación a la cual llamábamos el cuarto norte" recuerda. "Era una habitación grande ubicada en la planta baja. Cuando era adolescente no teníamos calefacción central, de modo que en el invierno, para conservar el calor y ahorrar combustible, cerrábamos esa habitación con excepción de días especiales como la Navidad. En ella había una biblioteca, cuyos libros mi padre había ido acumulando a través de los años. En el invierno me gustaba ponerme un abrigo y encerrarme en esa habitación para leer.

"La Navidad fue siempre algo especial para nuestra familia. Mis abuelos paternos eran de Dinamarca, y conservamos muchas tradiciones de dicho país. Una de ellas era que en la víspera de la Navidad los niños intercambiábamos regalos que habíamos comprado, después de lo cual teníamos una cena especial. A mamá le llevaba días prepararse para esta ocasión y nosotros con gusto le ayudábamos.

"Nuestros padres nos enseñaron los principios fundamentales de la honradez, la moralidad, el trabajo y la integridad. Desde que éramos muy pequeños ellos se aseguraron de que desarrolláramos buenos hábitos de trabajo, tanto en la granja como en los estudios.

"Cuanto más pasa el tiempo y más observo las cosas que son más importantes para la felicidad y la estabilidad de una sociedad, más aprecio el gran valor de la familia y la importancia de mantener fuertes los lazos que la unen. Con frecuencia, al hablar acerca de fortalecer las familias, parecemos dar por sentado que esto es responsabilidad exclusiva de los padres. Sí, es verdad que son responsables de esto, pero pienso que los hijos también juegan un papel importante en la responsabilidad de establecer y ejemplificar la lealtad hacia sus padres y hermanos, para desarrollar ese sentimiento de solidaridad en la unidad familiar". ■

La huida de Lot



Después de la muerte de su padre, Lot fue a vivir con su tío Abraham, que amaba a Lot como a su propio hijo. Lot progresó mucho y, al igual que Abraham, poseía muchos animales y sirvientes. Cuando el Señor dio el mandamiento a Abraham de que se mudara a la tierra de Betel, Lot fue con él. Pero cuando llegaron a Betel, vieron que era necesario que se separaran. Abraham le dijo a Lot que mirara a su alrededor y que eligiera un lugar donde deseara vivir, y él se instalaría en otro lugar.

Lot miró toda la llanura del Jordán; vio que estaba bien regada y que era un lugar hermoso y fértil, por lo que decidió vivir allí. Colocó sus tiendas cerca de la ciudad de Sodoma; y Abraham, junto con los suyos, se fue en dirección opuesta hacia la tierra de Canaán.

En un principio parecía que Lot había hecho una buena elección. Sin embargo, las cercanas ciudades de Sodoma y Gomorra eran muy, muy inicuas; los reinos vecinos guerreaban en contra de Sodoma y Gomorra, y cuando capturaron las ciudades, Lot y los suyos fueron llevados prisioneros. Cuando Abraham se enteró de lo que había sucedido, armó a trescientos dieciocho de sus criados, los nacidos en su casa, y fue a rescatar a Lot.

Lot era un hombre justo que trataba de enseñar el evangelio a sus hijas, pero vivía en una de las ciudades más corruptas y pervertidas que jamás hayan existido sobre la tierra. Los habitantes de Sodoma y Gomorra se habían vuelto tan inicuos y perversos que era necesario que fueran destruidos. Abraham se preocupó cuando el Señor le hizo saber todo esto, porque sabía que Lot era un hombre bueno y pensó que también habría otras personas justas en esas ciudades.

Abraham preguntó al Señor: "¿Destruirás también al justo con el impío? . . . No se enoje ahora mi Señor, si hablare solamente una vez: quizá se hallarán allí diez."

Entonces el Señor contestó: "No la destruiré por amor a los diez."

Fue triste descubrir que no había diez personas que fueran justas en toda la ciudad, de modo que ésta debía ser destruida.

El Señor envió a Sodoma dos ángeles, y Lot los recibió a la puerta de la ciudad; y al verlos, se inclinó hacia el suelo con respeto, y los invitó a que pasaran a su casa a comer y a descansar. Mientras los ángeles disfrutaban de la hospitalidad de Lot, la gente inicua se reunió fuera de la casa, exigiendo ver a los mensajeros. Lot salió de la casa para persuadir a la gente que se alejara de allí, pero ellos se enojaron mucho con Lot y trataron de lastimarlo. Entonces los ángeles metieron a Lot en la casa, cerraron la puerta e hirieron con ceguera a los que estaban fuera.

Luego dieron instrucciones a Lot de que reuniera a su familia y sin perder tiempo salieran de la ciudad. Ellos le dijeron: "Porque el Señor nos ha enviado a destruir Sodoma y Gomorra".

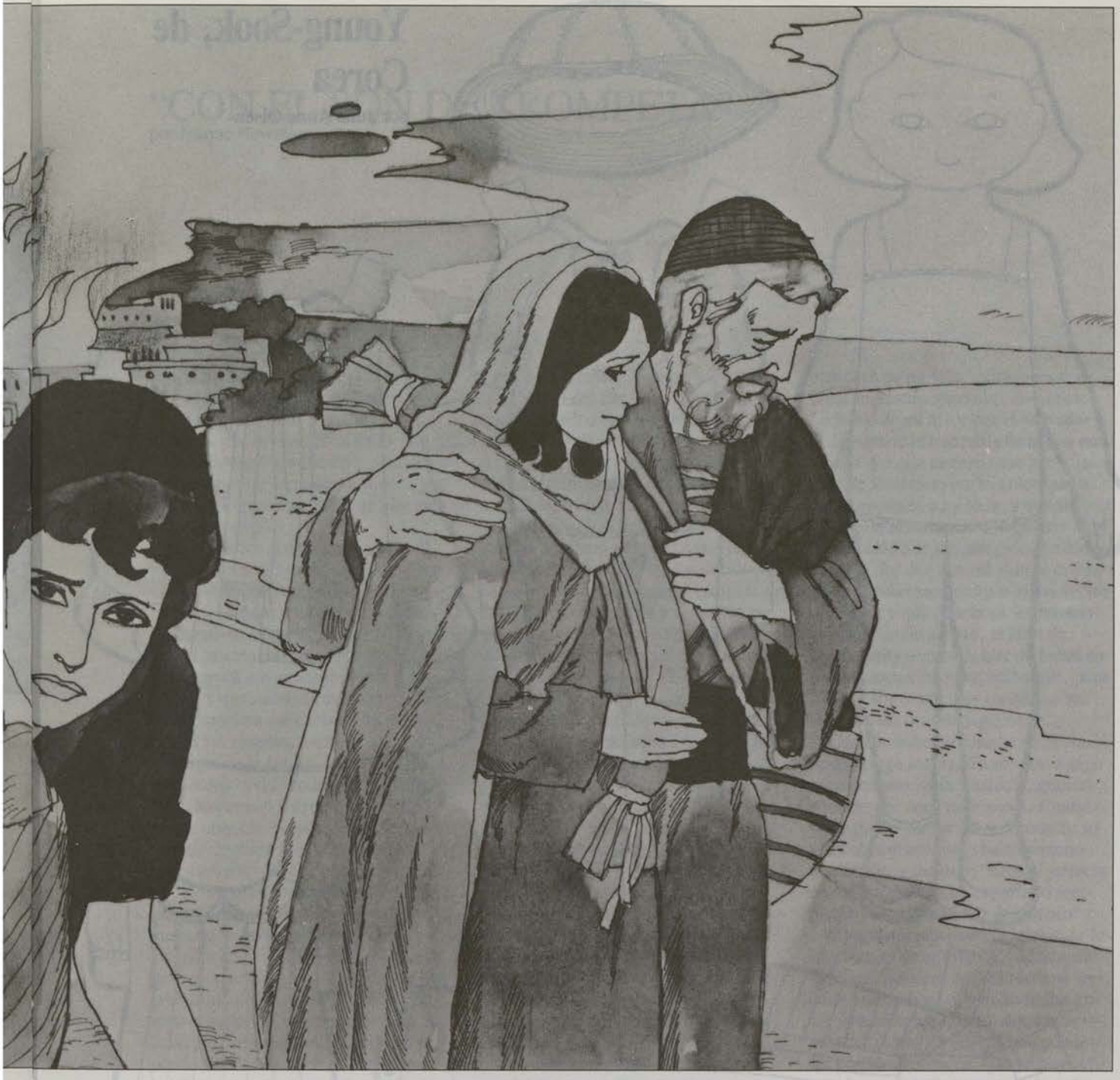
Lot fue inmediatamente a advertir a sus hijas y yernos acerca del peligro: "Levantaos, salid de este lugar; porque Jehová va a destruir esta ciudad".

Lot debe haberse sentido muy triste cuando vio que sus hijas y yernos se burlaban de lo que él les decía, pues sabía que si ellos se quedaban en Sodoma morirían. Solamente las dos hijas solteras de Lot obedecieron y estuvieron de acuerdo en dejar la ciudad.

A la mañana siguiente, los ángeles dijeron a Lot: "Levántate, toma tu mujer, y tus dos hijas que se hallan aquí, para que no perezcas en el castigo de la ciudad."

Lot vaciló, quizás pensando en sus hijas casadas que rehusaron escucharle. Los ángeles sabían que no había tiempo que perder, y tomaron a Lot, a su esposa y a sus dos hijas de la mano, y los sacaron de Sodoma. Los ángeles entonces dijeron: "Escapa por tu vida; no mires tras de ti, ni pares en toda esta llanura; escapa al monte, no sea que perezcas".

Una vez que Lot y su familia se encontraron lo suficientemente lejos para estar a salvo, entonces los ángeles cla-



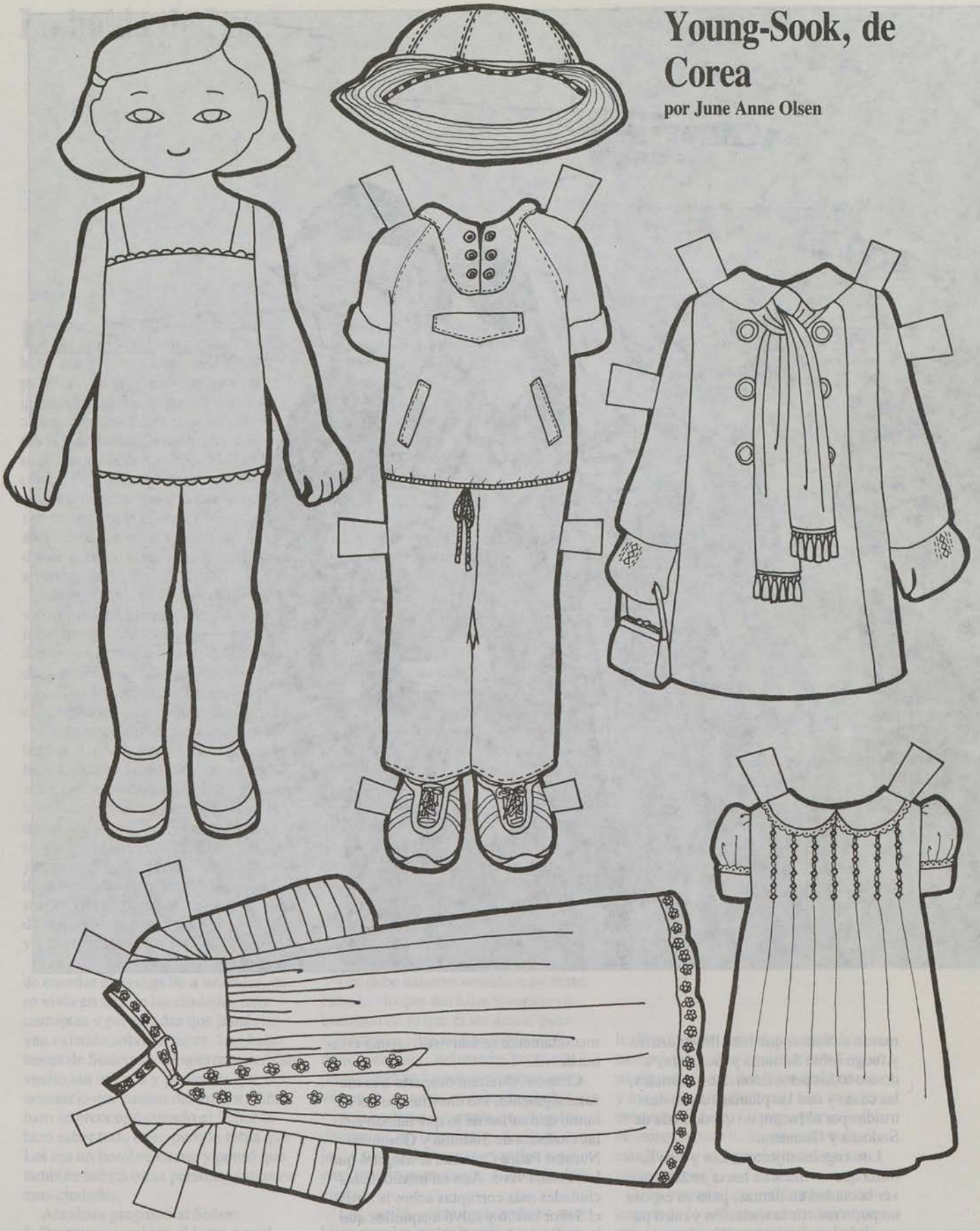
maron al Señor, que hizo llover azufre y fuego sobre Sodoma y Gomorra, donde todos perecieron. Los animales, las casas y aun las plantas fueron destruidas por el fuego; no quedó nada de Sodoma y Gomorra.

Los ángeles dijeron a Lot y a su familia que no miraran hacia atrás para ver la ciudad en llamas, pero su esposa no pudo resistir la tentación y miró para ver lo que estaba sucediendo e inmediatamente se convirtió en una estatua de sal.

Cuando Abraham despertó a la mañana siguiente, vio enormes nubes de humo que salían de lo que habían sido las ciudades de Sodoma y Gomorra. Nuestro Padre Celestial le aseguró que Lot estaba vivo. Aun en medio de las ciudades más corruptas sobre la tierra, el Señor buscó y salvó a aquellos que le amaban y le obedecían. ■

Young-Sook, de Corea

por June Anne Olsen



"CON EL SON DE TROMPETA"

por Jeanne Newman

Quizás he llevado una vida muy acogedora, pero simplemente no estoy acostumbrada a que alguien me diga que me voy a ir al infierno. Sin embargo, eso fue suficiente para obligarme a pensar seriamente sobre algunas cosas, que hasta el día de hoy tengo muy presentes.

El incidente ocurrió un verano, al interrumpir mis estudios en la Universidad Brigham Young (Provo, Utah) para ir a trabajar a una oficina gubernamental en Washington, D.C. Había en esa oficina un empleado joven que era excepcionalmente brillante y elocuente y que, además de trabajar a jornada completa, se encontraba terminando sus estudios en leyes. No era miembro de la Iglesia, pero por varios años había vivido rodeado de miembros. Me atrevo a decir que probablemente conocía los puntos técnicos de nuestra doctrina mejor que yo, y su conocimiento de la Biblia era espléndido. Si nuestras conversaciones hubieran degenerado alguna vez en argumentos, su perspicaz mente de abogado y verbosidad me hubieran dejado anonadada y sin aliento. Esto era precisamente lo que se proponía conseguir, supongo, pues se deleitaba en hacerme preguntas con el expreso propósito de confundirme, y sus ataques a la Iglesia siempre parecían muy bien estudiados e ingeniosamente ejecutados. Pude descubrir claramente sus verdaderas intenciones cierto día cuando, después de haber sostenido una larga conversación, hizo el siguiente comentario: "Ni siquiera logré hacerla llorar, ¿verdad?".

Para ser sincera, tengo que confesar que sí lo logró una vez, y sucedió justamente en su presencia. Pero la razón no fue de ningún modo por sentirme frustrada y derrotada. Esto realmente nunca representó problema para mí, pues cuanto más fuertemente me atacaba, más intensamente podía yo sentir el apoyo del Espíritu, confirmándome la validez de mi testimonio y llenándome de una paz tal que no sentía ni el menor deseo de discutir con él.

Las lágrimas afluyeron después de una ocasión en la cual me explicó su mayor objeción a la Iglesia. El creía que los hombres son salvos por la gracia; que el Salvador expió nuestros pecados y que lo único que se requiere de nosotros es creer en El y aceptarlo como nuestro Salvador. Expresó que tenía una relación personal con Cristo, y que, por ende, para ser salvo no necesitaba más que eso. En cambio, afirmó amargamente, los Santos de los Ultimos Días no aprecian ni a Cristo ni lo que hizo por nosotros. La creencia de éstos en requisitos además de la fe, tales como el bautismo y la obediencia a los mandamientos, degrada la expiación del Salvador al implicar que no basta por sí sola para salvar a los hombres. Sostuvo enérgicamente que las creencias de los mormones son casi una blasfemia. Se le ocurrieron muchos adjetivos para describirlos, pero la palabra *cristianos* no se encontraba definitivamente entre ellos. Y ésa, afirmó, era la razón por la que me iba al infierno.

Al escuchar su condena, acudieron a mi mente una y mil respuestas a su ataque. Podía decir que Cristo mismo fue quien instituyó la ordenanza del bautismo y que El mismo había dado el ejemplo. Podía decir también que El había sido uno de los que más habían recalcado la obediencia a los mandamientos. Podía mencionar que precisamente uno de sus discípulos había dicho que "la fe sin obras es muerta". Mas no dije nada parecido. Al contrario, cuando el joven se detuvo por un momento para recobrar su aliento, simplemente lo miré y le dije: "El Salvador es más importante que cualquier otra cosa de mi vida". Entonces le expresé mi testimonio sobre Jesucristo. Le hablé de mi amòr por el Salvador y de la seguridad que tenía de que él me amaba. Le dije también que la expiación de Jesucristo era lo único que le daba propósito a mi vida, y que su evangelio era el ancla a la que me aferraba cuando se me juntaban el cielo y la tierra. Le dije que mi vida se centraba en el esfuerzo por vivir el evangelio del Señor y que poseía un testimonio personal de Jesucristo, el Hijo de Dios. Estoy segura de que no hablé en forma elocuente o impresionante, pero fue en esos momentos cuando se me llenaron los ojos de lágrimas.

Cuando hube terminado de hablar, ocurrió algo sorprendente: este amigo mío, de tanta labia y astucia, guardó silencio por unos momentos. Cuando se dispuso a hablar, el volumen de su voz había disminuido hasta un tono moderado, y me dijo: "Eres la primera mormona que me ha expresado realmente un testimonio de Jesucristo".

Somos miembros de la Iglesia de Jesucristo; es su Iglesia. Al bautizarnos hicimos convenio de "ser testigos de Dios a todo tiempo, y en todas las cosas y en todo lugar . . . , aun hasta la muerte" (Mos. 18:9). ¿Cómo puede ser posible, entonces, que yo haya conocido a una persona que, habiendo vivido entre Santos de los Ultimos Días, y habiendo trabajado y tratado a tantos de ellos por varios años, nunca hubiera escuchado de sus labios un testimonio sobre Jesucristo? Es posible que el caso de este amigo mío sea único, y realmente espero que así sea. No obstante, la experiencia que tuve con él me ha hecho más consciente de nuestra sagrada obligación de testificar intrépida y abiertamente que el Señor es nuestro Salvador, Jesús el Cristo.

Ciertamente no carecemos de razones para testificar llenos de júbilo acer-

ca de El, pues es el Creador: "Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho" (Juan 1:3).

El es "la luz que existe en todas las cosas, que da vida a todas las cosas, que es la ley por la cual se gobiernan todas las cosas, sí, el poder de Dios que se sienta sobre su trono, que existe en el seno de la eternidad, que está en medio de todas las cosas.

"El comprende todas las cosas, y todas las cosas están delante de él, y todas las cosas están alrededor de él; y él está sobre todas las cosas, y en todas las cosas, y por en medio de todas las cosas, y circunda todas las cosas; y todas las cosas son por él, y de él, sí, Dios para siempre jamás." (D. y C. 88:13, 41.)

El es "el Alfa y la Omega, . . . el principio y el fin, el Redentor del mundo" (D. y C. 19:1).

El es el que "es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación.

"Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten;

"y él es la cabeza del cuerpo que es la Iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia;

"por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud" (Col. 1:15, 17–19).

El es el "que quita el pecado del mundo" (Juan 1:29) y nos libra de la destrucción. Sin él "la carne no se [levantaría] más" y tendríamos que "estar sujetos a ese ángel que cayó de la presencia del Dios Eterno, y se convirtió en el diablo . . .

"Y nuestros espíritus habrían llegado a ser como él, y nosotros seríamos diablos, ángeles de un diablo, para ser separados de la presencia de nuestro Dios y permanecer con el padre de las mentiras, en miseria como él" (2 Nefi 9:8–9).

Pero a causa de nuestro Salvador, no tenemos por qué terminar de esa manera. Por él podemos arrepentirnos y ser perdonados, puesto que él pagó el precio por nuestros pecados. Sufrió tal angustia que hizo que el mismo, "Dios, el mayor de todos, temblara a causa del dolor y sangrara por cada poro y padeciera, tanto en el cuerpo como en el espíritu" (D. y C. 19:18). El ha "padecido estas cosas por todos, para que no padezcan, si se arrepienten" (D. y C. 19:16).

Sólo por medio de Cristo podemos vivir. El nos "está preservando de día en día, dándo[nos] aliento para . . . vivir, mover[nos] y obrar según [n]uestra propia voluntad" (Mos. 2:21). Sin él no podemos hacer nada,

Foto cortesía de Marty Mayo

pues sólo en él hay fortaleza, vida, paz, esperanza y salvación. En verdad, su nombre es "Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz" (Is. 9:6).

¿Cómo es posible que titubeemos en "alzar [n]uestras voces como con el son de trompeta" (D. y C. 33:2) para testificar y dar testimonio de Jesucristo? No estamos solos al testificar del Salvador y Redentor, pues todos los profetas han testificado de El. Las Escrituras se encuentran llenas de testimonios sobre él. En verdad, todas las cosas dan testimonio de él, pues él mismo ha dicho: "Y he aquí, todas las cosas tienen su semejanza, y se han creado y hecho todas las cosas para que den testimonio de mí; tanto las que son temporales, como las que son espirituales, cosas que hay arriba en los cielos, cosas que están sobre la tierra, cosas que están en la tierra y cosas que están debajo de la tierra, tanto arriba como abajo; todas las cosas testifican de mí" (Moisés 6:63). Aun Dios el Padre ha testificado de su Hijo, cuando ha dicho en varias ocasiones: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia" (véanse Mateo 17:5; 3 Nefi 11:7; José Smith—Historia 17).

A menudo nos referimos a los Apóstoles como testigos especiales de Cristo. ¿Qué significa esto? El élder Bruce R. McConkie ha explicado que "un *apóstol* es un testigo especial del nombre de Cristo, a quien se envía a enseñar los principios de salvación a otros. Un apóstol conoce la divinidad del Salvador por revelación personal y es llamado para dar testimonio al mundo sobre lo que el Señor le ha revelado". El élder McConkie continúa: "En verdad, *todo miembro de la Iglesia debe gozar de percepción y revelación apostólica,* y tiene la obligación de alzar la voz de amonestación" (*Mormon Doctrine* , 2a. ed. Salt Lake City: Bookcraft, 1966, págs. 46–47). El élder David B. Haight ha dicho: "Tenemos la responsabilidad y gloriosa oportunidad de dar testimonio constante de Jesús el Cristo" (Conferencia General, abril de 1974). El élder Joseph B. Wirthlin ha declarado enfáticamente lo siguiente:

"¡Nuestra Iglesia no compromete ni comprometerá de ninguna manera su posición al respecto! Jamás, en ningún momento o lugar, vacilará, ni mostrará ningún titubeo en testificar de la divinidad de Jesucristo. Considerando el estado actual del mundo, cada poseedor del sacerdocio [y cada miembro] debe aprovechar cada oportunidad que tenga de testificar acerca del Salvador, de enseñar y poner como ejemplo las verdades del evangelio, haciendo que su luz brille de tal modo ante amigos y desconocidos por igual, que ayude a perpetuar la verdad sobre nuestro Salvador Jesucristo." (Liahona, feb. de 1979, pág. 50.)

Debemos estar más que dispuestos; debemos estar ansiosos de dar testimonio de nuestro divino Redentor y Amigo. Debemos ser como los nefitas de tiempos antiguos, a quienes Nefi se refirió al decir: "Y hablamos de Cristo, nos regocijamos en Cristo, predicamos de Cristo, profetizamos de Cristo" (2 Nefi 25:26). Es nuestra obligación, y a la vez es nuestra grande y hermosa oportunidad. Deberíamos sentirnos como Ammón cuando dijo: "Por lo tanto, gloriémonos; sí, nos gloriaremos en el Señor; sí, nos regocijaremos porque es completo nuestro gozo; sí, alabaremos a nuestro Dios para siempre. He aquí, ¿quién puede gloriarse demasiado en el Señor?" Así como Ammón, "no puedo expresar ni la más pequeña parte de lo que siento" (Alma 26:16), pero sí puedo decir que yo sé que Jesucristo es el Hijo de Dios, y nuestro Señor y Salvador. Esta es su Iglesia y su obra, y es nuestra responsabilidad testificar de ello. Con humildad, agrego mi ferviente testimonio a los muchos que se han dado de él. ■

Mi experiencia me ha hecho más consciente de nuestra sagrada obligación de testificar intrépida y abiertamente que el Señor es nuestro Salvador, Jesús el Cristo.

Foto cortesía de Mike McConkie

META NÚMERO UNO: CONVERTIR A PAPÁ

por Elizabeth Sainsbury Orton

(Basada en una historia real, con nombres ficticios.)

Realmente resulta difícil ser el único miembro de la Iglesia, o bien el único activo, dentro de una familia. El barrio parece estar lleno de familias ideales; es decir, aquellas que llevan a cabo su noche de hogar, que oran y que leen las escrituras, todo lo cual uno desearía tener en su propia familia. Mientras ese día llega, hay que sentarse por sí solo en las reuniones de la Iglesia y asistir con otra familia a las fiestas y celebraciones en el barrio. No se trata de desear cambiar de familia, sino desear que la propia familia cambie, porque se les ama verdaderamente y se desea que ellos también reciban bendiciones eternas: nadie quiere sentarse por sí solo en la congregación en el más allá. A veces es fácil desanimarse por causa de que, ante todo intento de ayudarlos, se recibe una respuesta negativa. A veces uno termina por compadecerse de sí mismo. No obstante, siempre se tiene la esperanza de que algún día también ellos se unan al reino. Esa era precisamente la esperanza de Susana.

Susana, de 16 años de edad, es una jovencita bella y talentosa, bella por la confianza que tiene en sí misma, y talentosa por su motivación e iniciativa propias. Ella es de las personas que en lugar de meter los pies con miedo y cautela en las corrientes de la vida, en sentido figurado se tira de cabeza primero, quizás poniéndosele los labios morados y luchando por respirar al principio, pero divirtiéndose de todos modos. Susana se bautizó hace tres años, fecha desde la cual se propuso la meta para que su padre se bautizara.

"Sabía que si mi padre se bautizaba, mi madre también lo haría, de modo que esa fue mi meta número uno", expresó Susana. "Pensé que lo podía hacer sola, pues sabía que mis padres me querían; por eso pensé que no vacilarían mucho en seguirme", continuó diciendo, segura de sí misma. "Traté por todos los medios", agregó con más humildad esta vez.

"Traté por la fuerza, pero no resultó. Luego traté de hacerme la víctima, diciéndoles que me tenía que sentar sola en las reuniones y cantar sin compañía, mientras que todos en el barrio se sentaban con su familia, pero eso tampoco dio resultado."

A pesar de que algunas veces se sintió desanimada, Susana no se dio por

vencida. "Después de que aprendí un poco más sobre la obra misional", continuó diciendo, "traté un método diferente: los invité a las reuniones de la Iglesia. Di discursos en la reunión sacramental, y mi madre iba a escucharme. Una vez canté en una conferencia de estaca; hasta me compré un vestido nuevo. En esa ocasión mi madre pensaba asistir, pero enfermó, de modo que me fui sin esperanzas de que ninguno de mis padres estuviera presente. En el momento en que estábamos cantando, miré hacia el fondo de la capilla y me di cuenta de que mi padre llegaba por la puerta de atrás. Me emocioné tanto que quería soltarme a llorar, pero no lo hice porque tenía que cantar.

"En otra ocasión, mi padre me acompañó a una actividad especial para padres e hijas. Mientras desayunábamos, miré a mi padre y a me mente acudió la idea de que algún día iba a bautizarse en la Iglesia. A mediados del desayuno, lo supe con certeza y lo deseé más que nada."

Sin embargo, el bautismo no ocurrió de la noche a la mañana, y fue así como Susana aprendió más sobre la forma de llevar a cabo la obra misional. "Sabía que no podía lograrlo sola", admitió.

Cierto día, cuando Susana regresaba de la escuela, vio dos bicicletas en la misma calle donde vivía, y a dos misioneros que tocaban una puerta. Estos habían ido a su casa en cinco ocasiones; generalmente cada pareja de élderes los había visitado una sola vez. No obstante, Susana no permitió que ese recuerdo apagara su entusiasmo. Tal vez esta vez su padre estaría listo.

"Cuando los vi, deseé que no entraran en la casa donde estaban esperando que se les abriera, porque quería hablarles. Así ocurrió, de manera que me acerqué a ellos para hablarles acerca de mi papá. Me dijeron que esa mañana habían orado acerca del lugar al que debían ir, y que por eso habían ido a nuestra calle. Me parece que el Señor sabía que mi padre estaba preparado para escuchar el evangelio. No importaba que alguien más también lo supiera, el Señor lo sabía, y eso era lo que realmente importaba."

Pero no todo resultó perfecto ni fácil. Hubo momentos en que Susana se sintió totalmente desalentada, y se preguntaba a sí misma la razón por la cual las cosas no estaban progresando más rápidamente. "Durante ese tiempo tenía que recordar que a mí también me había tomado algún tiempo prepararme para mi bautismo. Observaba a otros jóvenes que se sentaban solos en la Iglesia, o cuyas circunstancias eran peores que la mía, pero no parecían estar desanimados. Su ejemplo me sirvió para dejar de sentir autoconmiseración."

Mientras tanto, sabiendo que su ejemplo era de gran importancia, Susana cosechó una de las bendiciones de trabajar en la obra misional: la de prepararse y desarrollarse personalmente.

"Tenía que prepararme del mismo modo que mi padre tenía que hacerlo. Tuve que orar intensamente, ayunar y hasta arrepentirme de mis faltas. Me di cuenta de que la obra misional es una obra de amor y servicio, lo cual quería decir que aun cuando mis hermanitos me estuvieran escuchando, debía tener el valor de decirles a mis padres cuánto los amaba. Traté también de seguir el ejemplo de los misioneros en mostrar amor hacia mi padre."

Los misioneros visitaron la casa de Susana siete veces durante un período de cinco meses. En cada visita ella podía sentir que su padre se iba acercando más al momento de recibir el bautismo.

"Cierta noche en abril me presenté en la oficina del obispo para la entrevista de mi cumpleaños. Papá fue a recogerme después." Con una expresión juguetona, continuó diciendo: "Me escondí en el pasillo para que él tuviera que entrar a buscarme. Cuando entró, preguntó si podía hablar a solas con el obispo. Estuvieron conversando por media hora mientras yo estaba afuera en el pasillo tratando de adivinar lo que estaba pasando.

"En el trayecto a casa, estaba ansiosa por saber lo que había pasado en su reunión. Repentinamente mi padre me dijo: 'Bueno, hija, creo que voy a bautizarme'. No pude decir nada; quería llorar, pero tuve que contenerme, pues a mi padre no le gusta que nos pongamos sentimentales. Todo lo que pude decir fue: 'Oh, ¡qué fantástico!' Fue un poco tonto de mi parte salir con ese comentario, pero ¿qué puede decir uno cuando se ve realizada su meta más grande?"

El padre de Susana fue bautizado el 14 de abril. Pero ella se da cuenta de que sus esfuerzos misionales todavía no terminan. "Todavía me impaciento y me desanimo algunas veces, pero he llegado a darme cuenta de que el convertirse en una familia celestial es un proceso que se logra paso por paso. Debo comprender a mis padres y estoy tratando de cumplir con mi deber. Cuando mi espiritualidad decae, inmediatamente se refleja en mi hogar; por esa razón trato de conservar un testimonio fuerte haciendo lo que me corresponde; así me siento mucho mejor."

Susana ha aprendido mucho sobre la obra misional, mayormente a costa de éxitos y fracasos. Ha llegado a comprender que todo tiene su tiempo y que cada persona responde de manera distinta ante una misma situación, que la fuerza y la autoconmiseración no conducen a nada bueno, que el servicio auténtico es más importante que el simple hecho de hablar del mismo, que el Espíritu debe tocar la vida de una persona, y que la motivación —bien, en cuanto a eso, a Susana no le falta nada; continúa esforzándose, a pesar de sus errores, por vivir el evangelio abiertamente, aunque algunas veces resulte extraño, arriesgado y hasta difícil.

Pero, de manera positiva, Susana lo resumió así: "Mi padre no había querido saber nada de la Iglesia veinte años atrás, pero gracias a que recibió innumerables visitas de nuestros maestros orientadores, y de que varias parejas de misioneros trataron de enseñarle, y de que también tiene una hija que no lo iba a dejar en paz, él es hoy miembro de la Iglesia".

Cuando le preguntaron cuáles eran su metas actuales, Susana contestó entusiasmada: "Efectuar la noche de hogar, la oración familiar y ser sellada en el templo con ellos: ¡ésa es ahora mi meta número uno!"■

EL TESORO ESCONDIDO

por Lori Anne Brown

Parece que en toda clase siempre hay algún estudiante extraño y misterioso, y mi clase de seminario no era la excepción. Había un joven que era un fracaso en todo el sentido de la palabra o, por lo menos, a mí me parecía que así era.

Se trataba de un muchacho flaco que se peinaba todo ese cabello negro y grasoso hacia abajo, de manera que le tapara los ojos y lo escondiera del resto del mundo. En son de burla, yo lo comparaba con un avestruz, que enterraba la cabeza en la arena para que nadie lo viera. Este muchacho siempre se sentaba en la parte de atrás del aula y nunca participaba por su propia iniciativa en ninguna discusión. No tenía amigos, pues nunca se relacionaba con nadie. Me da vergüenza decirlo, pero

me daba la impresión de que no servía para nada, y yo no era la única que pensaba así. Realmente me quedé muy sorprendida cuando él ganó el campeonato en la búsqueda de escrituras. Ufanamente supuse que la única razón por la que había ganado era porque, como no participaba en nada, disponía de más tiempo que los demás para estudiar. El día que celebramos la clausura del seminario, comprobé cuán errada era mi opinión de aquel alumno.

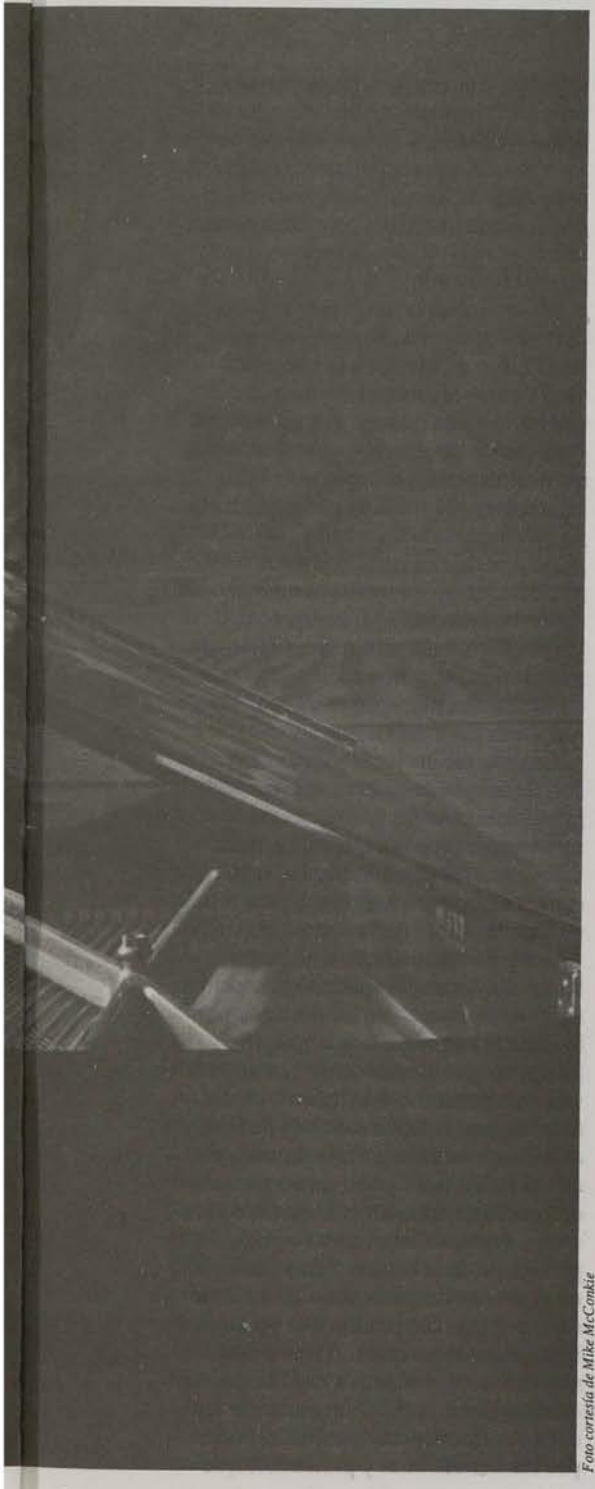


Foto cortesía de Mike McConkie

Lo que ocurrió aquella noche ha quedado indeleblemente grabado en mi memoria. Recuerdo que llegué temprano al centro de reuniones —siendo esto de por sí un milagro— y él ya estaba allí. De nuevo se me ocurrió en ese momento que, por no tener nada más que hacer, era natural que le resultara muy fácil llegar temprano. Lo saludé con cierta indiferencia y me apresuré a ayudar a los otros estudiantes "más amigables" a colocar las sillas. Además, sabía cómo se comportaría si yo trataba de entablar alguna conversación con él. Primero, agacharía la cabeza y fijaría la mirada en sus inquietos pies; nerviosamente empezaría a jugar con las llaves del auto como muestra de lo incómodo que se sentía. Siempre que me le acercaba, se ponía completamente tenso. De modo que, como por instinto, decidí evitar aquella experiencia tan desagradable.

Cuando llegó la hora de empezar la fiesta y mientras trataba de organizar a los demás estudiantes, divisé a nuestro maestro que se asomaba por la puerta de la capilla. En su rostro se dibujó una sonrisa de felicidad, tal como la expresión que veríamos en el semblante de un minero al descubrir oro. Verdaderamente se había descubierto un tesoro escondido.

Por la puerta de la capilla escapaba una música exquisita; no eran notas simplemente, sino la expresión de sentimientos reales. No cabía duda de que la persona que tocaba el piano había sido dotada de extraordinarias habilidades musicales. Me asomé por la puerta, esperando encontrar a un adulto ensayando para algún concierto. Cuál no sería mi sorpresa al ver que el que estaba sentado frente a aquel piano era el joven al que yo siempre había considerado un verdadero inútil. Uno por uno fueron entrando cautelosamente en la capilla todos los alumnos de la clase, mientras que él continuaba interpretando composiciones completas —de memoria— de Bach, Beethoven y otros grandes compositores. Con pesar escuché la voz de mi conciencia, que me remordía por haberlo juzgado tan injustamente. Lo había considerado un don nadie, simplemente porque no era igual que yo. Me había sentido superior a él. ¡Qué ridículo! Con humildad me di cuenta en aquellos momentos que seguramente él poseía muchos otros talentos que mis propias habilidades no podían superar. ¡Qué absurdo había sido considerarlo como a un don nadie!

Pensé que aquel muchacho flaco de nuestra clase de seminario era un fracasado —un "don nadie"— mas había olvidado que el Señor mira el corazón y no la apariencia exterior de una persona.

Alguien interrumpió el encanto de aquellos momentos con un carraspeo. Inmediatamente él bajó la vista y nos hizo sentir como a chiquillos sorprendidos con las manos en la masa. Éramos unos intrusos que estábamos devorando sus manjares musicales sin su autorización. En cuestión de segundos lo vimos sonrojarse, mas no de enojo, como yo esperaba, sino de vergüenza. Silenciosamente cerró la tapa del piano y se alejó del estrado. Se escucharon muchos elogios y halagos mientras caminaba por el pasillo y salía de la capilla. Con las mejillas aún sonrojadas, balbuceó humildemente las gracias, dejando notar su incomodidad por ser el centro de nuestra atención.

La fiesta de clausura del seminario continuó siendo un verdadero éxito; todos parecían divertirse, pues podían escucharse carcajadas, chistes y bromas por un lado y otro. Sin embargo, a mí me había sucedido algo. En cierta forma, aquel pequeño incidente operó en mí un enorme cambio.

En 1 Samuel 16:7 leemos que Dios mira el corazón y no la apariencia exterior del hombre, y creo que todos deberíamos hacer lo mismo. Realmente necesitamos traspasar el cascarón en que se encierran las personas y descubrir su verdadero valor. Hemos escuchado el dicho "Las apariencias engañan". A mí me tocó comprobar la veracidad de esta máxima a través de duras experiencias. Yo le aconsejaría a cualquiera que se viese tentado a considerar a otro como a un inútil o acomplejado, que recuerde explorar el interior —porque podrá descubrir innumerables tesoros escondidos. ■

LA LUCHA POR UN TESTIMONIO

por Dennis L. Lythgoe

Me crié dentro de la Iglesia y puedo decir que mis maestros y líderes siempre fueron diligentes y muy eficaces al tratar de inculcar en mí un amor hacia el evangelio, un conocimiento de sus principios y, especialmente, un testimonio —lo que el presidente Joseph Fielding Smith llamaba la "comunicación del Espíritu Santo con el alma de una manera convincente y positiva". (*Answers to Gospel Questions* [Respuestas a preguntas sobre el evangelio], comp. Joseph Fielding Smith, hijo, 5 vols., Salt Lake City: Deseret Book Co., 1979, 3:28.) Durante los años de mi adolescencia, recuerdo que muchos maestros y discursantes en charlas fogoneras nos hablaban sobre la manera de obtener un testimonio. Me pareció tan fácil que decidí seguir sus consejos.

La escritura que más citaban era Moroni 10:4–5, que explica cómo obtener un testimonio sobre el Libro de Mormón: "Y cuando recibáis estas cosas, quisiera exhortaros a que preguntáseis a Dios, el Eterno Padre, en el nombre de Cristo, si no son verdaderas estas cosas; y si pedís con un corazón sincero, con verdadera intención, teniendo fe en Cristo, él os manifestará la verdad de ellas por el poder del Espíritu Santo; y por el poder del Espíritu Santo podréis conocer la verdad de todas las cosas".

Algunas personas me habían enseñado cómo se recibía respuesta a una oración, y a menudo se referían a la experiencia que José Smith y Oliverio Cowdery habían tenido al traducir el Libro de Mormón. Cuando Oliverio Cowdery empezó a tener dificultad en la traducción, el Señor le indicó que debía estudiarlo en su mente y luego preguntarle a El si estaba correcto. Si así era, sentiría un ardor de pecho, y si estaba erróneo, tendría un "estupor de pensamiento" que lo haría olvidar la cosa errónea (D. y C. 9:7–9).

Como estudiante de secundaria, decidí que iba a seguir este consejo y que trataría de obtener mi propio testimonio del evangelio. Deseaba saber con toda certeza que era verdadero, de modo que leí cuidadosamente el Libro de Mormón, subrayando algunos pasajes y haciendo notas sobre los memorables a medida que iba leyendo. Al terminar de leerlo, estaba ansioso por ver el resultado de la promesa de Moroni. Me arrodillé y oré, tratando de saber por mí mismo si este libro era verdadero o no. A pesar de que oré una y otra vez por muchas semanas con lo que yo creía era "verdadera intención" y determinación, no pude reconocer ninguna respuesta. Cuando mis amigos se paraban a expresar sus testimonios en la reunión de ayuno, mis padres se sentían defraudados porque yo no lo hacía. Les dije que estaba esforzándome por obtener mi propio testimonio, pero que todavía no lo había logrado. Tenía que ser sincero al darlo. Me preocupaba y me preguntaba qué era lo que me estaba impidiendo lograr mi objetivo. Tal vez la vida que llevaba no era totalmente satisfactoria ante el Señor, pensaba, y era por eso que no me respondía; o posiblemente estaba orando en un forma indebida; también podía ser que no sabía cómo reconocer una respuesta en el momento en que la estaba recibiendo.

Mi disciplina de oración y estudio duró dos años más, durante los cuales leí el Libro de Mormón por segunda vez, y entonces mi obispo me pidió que hiciera una misión. Por un lado me entusiasmé mucho, pues siempre había querido hacerlo; pero, por otro lado, estaba muy preocupado porque todavía no había recibido un testimonio. ¿Cómo podría convencer a otros de algo de lo que yo no estaba completamente convencido? Mi hermano mayor también iba a salir a una misión al mismo tiempo, y mis padres, que eran de escasos recursos, se comprometieron a mantenernos en la misión.

Cuando me presenté a mi entrevista con el presidente de la estaca, me sorprendió mucho que él sugiriera que mejor esperara hasta que mi hermano volviera, a fin de aminorar la carga económica que representaría para mis padres. Bastante descorazonado, volví a casa para comunicarle a mi padre lo sucedido. La noticia pareció decepcionarlo también a él, un hombre que por lo general era muy sereno y pacífico. Sin embargo, en esta ocasión, expresó vigorosamente sus sentimientos y opinión de que yo debía salir a la misión al mismo tiempo que mi hermano, y que el Señor nos ayudaría con nuestras obligaciones económicas. Se puso el saco y dijo que iba a hablar con el presidente de la estaca. "Te vas a la misión —no después, sino ahora", me dijo, con una convicción que yo no había visto antes en él. Antes de salir, nos llamó a todos para arrodillarnos en oración familiar. Dijo una oración sencilla y corta, dándole gracias al Padre por sus bendiciones y pidiéndole que

Siempre había tenido el deseo de servir una misión, pero me preocupaba el tener que compartir un testimonio que realmente no tenía.

lo ayudara en su conversación con el presidente de la estaca y que ayudara a sus dos hijos mientras se preparaban para salir al campo misional.

Al escuchar con fe esa oración y tratar de prever el futuro, me sentí profundamente impresionado espiritualmente, de una manera tal, que no puedo ni siquiera describirlo. En ese instante, recibí un testimonio de la veracidad del evangelio. Me sobrevino un gran sentimiento de gozo y emoción, como si hubiera sabido que mi padre iba a tener éxito en su pequeña misión personal; y, en efecto, así lo fue. Pero también sabía con absoluta certeza que yo podría servir una misión (y así lo hice en Nueva Zelanda) y testificar sinceramente y con convicción propia a cualquier persona que quisiera escucharme. Fue una experiencia sumamente satisfactoria. Los temores que me asaltaban de ser un misionero sin la convicción de un testimonio se desvanecieron totalmente. El Señor había contestado mis oraciones, a pesar de que lo había hecho en una forma que yo no esperaba. En cuanto a mis padres, pudieron sostener a sus dos hijos misioneros por dos años, período durante el cual prosperaron económicamente como nunca lo habían hecho.

He tratado de analizar el porqué me llevó tanto tiempo obtener un testimonio. Puede haber sido que el Señor quería dármelo en conexión con un llamamiento misional, a fin de incrementar mi fe en El y en mi padre terrenal. O es posible que yo no había podido reconocer los intentos que el Señor había hecho antes para comunicarse conmigo. No había esperado tener una visión como la del profeta José Smith; pero tampoco sabía cómo describir un "ardor de pecho".

El Señor le indicó a José Smith que El les hablaba a sus siervos "en su debilidad, según su manera de hablar, para que pudieran alcanzar conocimiento" (D. y C. 1:24). Cada persona siente y describe sus experiencias espirituales en una forma diferente a la de los demás. Tal vez lo que yo necesitaba era descubrir la manera en que el Señor me hablaría a mí y reconocer las respuestas que me estaba dando. Hoy es diferente, pues lo comprendo mejor. Cuando deseo una respuesta a una de mis oraciones, utilizo el mismo modelo que se me enseñó en mi juventud. Lo analizo detenidamente, tomo una decisión que me parece razonable, y luego le pido al Señor su aprobación. Si siento una viva emoción, significa que el Señor la ha aprobado. Cuando ayuno, la falta de alimentos me recuerda constantemente el propósito del mismo. Oro a menudo y siento una emoción y una certeza que cada vez va en aumento cuando el Espíritu Santo habla a mi alma. Si la decisión que he tomado es incorrecta, me siento confuso y deprimido, y por fin me doy cuenta de que lo que estoy sintiendo es un "estupor de pensamiento".

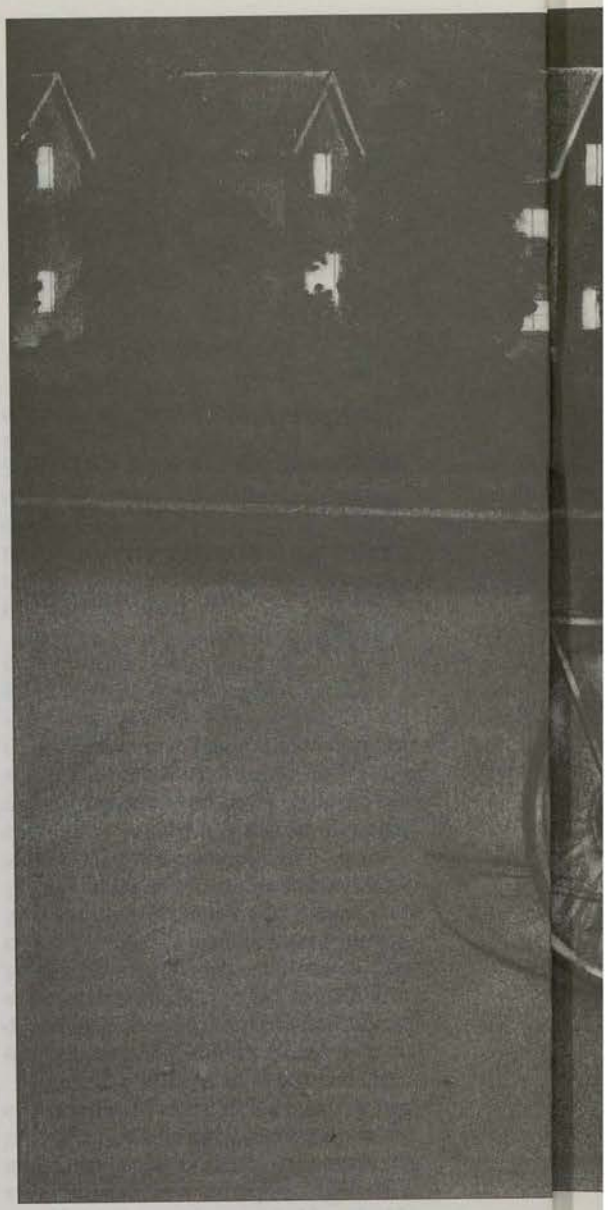
Estoy convencido de que el Señor dará respuesta a nuestras oraciones, pero es necesario que nos comuniquemos con El con la frecuencia necesaria para poder reconocer la manera en que nos responde. Tenemos que conocerlo; y una vez que recibamos esa cálida seguridad que se siente al recibir una respuesta, y que recibamos un testimonio espiritual, comprenderemos la manera en que se lleva a cabo la comunicación con Dios. El presidente Joseph F. Smith describió las impresiones que el Espíritu dejó en su alma como algo tan poderoso que él las sentía desde la coronilla de la cabeza hasta la planta de los pies. "El Señor me lo ha manifestado y ha borrado toda duda de mi mente, y yo lo acepto de la misma manera que acepto el hecho de que el sol brilla a mediodía."

El élder Loren C. Dunn, miembro del Primer Quórum de los Setenta, dijo: "Tal vez no os venga como un destello de luz (no sé cómo va a comunicarse el Señor con cada uno de vosotros), mas probablemente será un sentimiento de tranquilidad que saldrá del fondo del corazón, una reafirmación que os llegará en una forma bastante sosegada y natural, pero a la vez real, día tras día, hasta que os deis cuenta de que lo sabéis. Una cosa sí os digo: el conocimiento de las cosas de Dios no se obtiene de manera instantánea".

Algunas personas obtienen un testimonio más fácilmente que otros. A mí me costó trabajo arduo —estudio, meditación, oración y ayuno— hasta que recibí una respuesta. Para el profeta Enós también fue difícil; el oró todo el día y toda la noche, y luchó en espíritu hasta que su "fe en el Señor empezó a ser inmutable". Su respuesta fue la voz del Señor, que le decía que sus pecados le habían sido perdonados y que, a causa de su fe, le serían concedidos sus deseos (Enós 1:5, 11–12). Una vez que se obtiene un testimonio, debe ser nutrido por medio del estudio constante, la oración y la activa participación en los programas de la Iglesia, en combinación con la observancia de una vida cristiana. El presidente Harold B. Lee dijo que un testimonio es "frágil; es tan difícil de asir como un rayo de luna; es algo que se tiene que capturar todos los días de nuestra existencia" ("Cursos de estudio de la Sociedad de Socorro 1983", pág. 30). ¡Vale la pena esforzarse! ■

AQUÍ TIENE, ÉLDER MYERS

por Leonard F. Myers



La fresca brisa de la noche se sentía agradable a medida que mi compañero y yo rápidamente pedaleábamos nuestras bicicletas a fin de regresar a nuestro apartamento a la hora prescrita. El clima de esa época del año era típico de la región de Texas, caliente y húmedo, de manera que el aire fresco de la noche era un alivio.

Me puse a pensar en el éxito que estábamos teniendo en la ciudad de Brownsville. Habíamos bautizado a una familia de cinco personas el mes anterior y ese mes estábamos por bautizar a otra de igual tamaño. Repentinamente me invadió ese cálido y hermoso sentimiento, y sentí el impulso de mirar hacia atrás. Por entre los árboles divisé una hilera de casas a cierta distancia de la carretera; ¡casas que jamás me había fijado que existían!

Al llegar al apartamento le dije a mi compañero, el élder Maughn, que debíamos visitar esas casas al día siguiente para conocer a otras personas. Hicimos nuestro horario de actividades para el siguiente día y nos acostamos. Casi no podía conciliar el sueño con sólo pensar en lo productivo que había sido ese día. Habíamos invitado a una familia a bautizarse, y todos habían aceptado; y ahora parecía que el Señor deseaba que enseñáramos a otras familias.

La noche se me hizo eterna. Después de darnos una ducha, desayunar y estudiar el evangelio, nos fuimos directamente hacia las casas que había descubierto la noche anterior. Ahora podía comprender por qué no las habíamos notado antes. Escondido entre una chatarrería, los arbustos y varios árboles bajos, se hallaba un angosto camino; más bien parecía una callejuela empedrada, en la que apenas podíamos andar en bicicleta.

Por ese camino había más o menos siete casas, de modo que empezamos por la primera para continuar hasta la última. La sexta casa era la que buscábamos. Tocamos y nos abrió una mujer de semblante radiante de cordialidad y bondad. Después de presentarnos y de decirle que deseábamos darle un mensaje breve sobre el Señor, nos invitó a pasar a su modesta casa de dos habitaciones.

Al pasar a la sala, nos saludaron por lo menos cinco niños, entre las edades de dos a once años, quienes se empezaban a reír cada vez que les dirigíamos la palabra. Le dijimos que deseábamos regresar cuando su esposo estuviera en casa, de modo que nos invitó para volver esa misma noche.

Todo el día estuve pensando en maneras de enseñar a esta familia. Sabíamos que con la ayuda y la aprobación del Señor podríamos ayudarles a convertirse en miembros de Su Iglesia.

Entre ir de puerta en puerta y la hora del almuerzo, me asaltó un pensamiento de temor. ¡El diezmo! Al reflexionar sobre aquella familia, me preguntaba cómo aceptarían el principio del diezmo. Pensé en esa familia de siete personas y su humilde hogar en el que aparentemente sobrevivían con lo mínimo. En la cocina había sólo una mesa con bancas. La otra habitación, que estaba dividida por medio de una cortina, servía tanto de dormitorio como de sala. Los únicos muebles que habíamos visto eran una silla y un sofá un tanto destartalado. ¿Cómo les iba a ser posible apartar dinero para pagar sus diezmos?

El pago de los diezmos parecía haber sido una piedra de tropiezo para algunas personas a quienes habíamos enseñado antes, por lo cual anduve preocupado todo el día. En silencio le supliqué al Señor que esa familia pudiera obtener un testimonio fuerte antes de que les habláramos de la ley del diezmo.

De nuevo disfruté de la fresca brisa al dirigirnos esa noche hacia la casa de esa familia para conocer al padre y empezar a enseñarles. El padre se acomodó en el regazo a cuantos niños pudo, y los demás se arrimaron a su alrededor. Pudimos apreciar un sentimiento muy cálido y familiar al estar con ellos y explicarles nuestro mensaje sobre la Iglesia verdadera del Señor.

Después de una breve oración, empezamos a mostrarles la filmina *El hombre y su búsqueda de la felicidad*. Pensamos que captaría la atención de los niños, y a los padres siempre parecía gustarles. Observé a la madre durante la parte que habla sobre nuestra salida de la existencia premortal, y creí ver lágrimas en sus ojos. De nuevo me volví para verla durante la parte que trata sobre la muerte y el retorno de nuestros espíritus a nuestro antiguo hogar con nuestros seres queridos. Esta vez lo noté claramente: a esa dulce madre le rodaban las lágrimas por las mejillas.

La madre todavía se estaba enjugando las lágrimas cuando terminó la filmina, de manera que me apresuré a testificar de la veracidad de los conceptos presentados, así como del evangelio de Jesucristo. Luego continuamos con el resto de la lección, la cual

Ilustrado por Mark Stephens

la familia aceptó muy bien. Después de fijar otra cita para la noche siguiente, ofrecimos una oración y nos despedimos.

Al volver a reflexionar en las condiciones en que vivían, de nuevo me pregunté cómo aceptarían el principio del diezmo.

Al volver a nuestro apartamento, mi compañero y yo nos arrodillamos y oramos. Le suplicamos a nuestro Padre Celestial que bendijera a esa familia con un firme testimonio del evangelio y que les ayudara a guardar los mandamientos.

Cuando oramos individualmente, permanecí arrodillado por más tiempo que el acostumbrado antes de meterme a mi cama. Cuando llegara el momento adecuado, ¿cómo podríamos presentarles el mandamiento de la ley del diezmo de manera que el Espíritu les concediera un testimonio y un deseo de cumplirlo?

La familia iba progresando. Cada lección se convertía en una experiencia espiritual para todos. Los miembros de la Iglesia los visitaban y los llevaban a la Iglesia. Por fin se les extendió la invitación para bautizarse, y la aceptaron.

El paso siguiente era la lección sobre los mandamientos. Me las ingenié para que mi compañero fuera el que presentara el concepto de los diezmos. Yo presentaría el primer concepto; luego él, el segundo, que se trataba del diezmo; después yo seguiría con el tercero, y así sucesivamente. De esta manera, yo no tendría que pedirles que guardaran la ley del diezmo y temer en cuanto a su respuesta.

El momento pareció llegar demasiado pronto. Al entrar en su hogar esa noche y alistarnos para empezar la lección, procedí a enseñar el primer concepto. No bien hube completado las primeras frases, cuando el padre hizo una pregunta. Mi compañero le dio la respuesta y continuó enseñando el resto de ¡*mi* concepto! Terminó de enseñarlo, de modo que ahora me tocaba a mí continuar —¡con los diezmos! Ofrecí una oración en silencio y procedí con suficiente confianza.

Les expliqué el significado de la palabra *diezmo,* el hecho de que era un

Le supliqué al Señor que esa familia pudiera obtener un testimonio fuerte antes de que les habláramos de la ley del diezmo —una piedra de tropiezo para algunas personas.

mandamiento en tiempos antiguos y que lo era también en nuestra época. Entonces llegó la parte a la que tanto temía: pedirles que guardaran la ley del diezmo. Este buen hermano respondió, pero como yo me encontraba tan preocupado, ni siquiera escuché su respuesta. Procedí rápidamente con el resto del concepto, cuando me di cuenta de que el hermano había respondido afirmativamente. Llegué al punto en que debía repetir la misma pregunta, de modo que con toda confianza pregunté nuevamente: "¿Guardará usted la ley del diezmo?" De nuevo la respuesta fue que sí. Entonces expresé mi testimonio, con lágrimas en los ojos, de que era un mandamiento verdadero y que serían muy bendecidos.

El siguiente domingo, justamente una semana antes de que la familia habría de bautizarse, los busqué ansiosamente en la capilla. Al dar comienzo la Escuela Dominical, todavía no habían llegado; no los veía por ningún lado. Pensé que tal vez habían decidido que en realidad no podían guardar los mandamientos. Me inquietó el pensar que tal vez se trataba de algún problema con la ley del diezmo.

Minutos antes de que comenzara la reunión sacramental, aparecieron por las puertas del frente. Corrí a saludarlos, podría decirse que con una sonrisa de oreja a oreja. Me dijeron que habían tenido que caminar hasta la capilla, por lo menos seis kilómetros, y que el padre había tenido que cargar a dos de los niños más pequeños.

Logramos sentarnos justo antes de que empezara la reunión, y lo único en lo que yo podía concentrarme era en esta familia. ¡Qué gran ejemplo eran para mí! Sentía un inmenso amor por ellos, y eso que sólo los conocía desde hacía tres semanas.

Después de la reunión sacramental, la madre me hizo a un lado y me dijo: "Aquí tiene, élder Myers. Tome estos diez dólares. A mi esposo le pagan cada quince días, y queremos empezar a pagar nuestros diezmos hoy mismo". Permanecí inmóvil por lo que me pareció una eternidad, observando a aquella mujer tan sincera y humilde. Miré el dinero y me maravillé por su voluntad para cumplir con la ley del diezmo. ¡Qué familia tan fiel!

Me imagino que le he de haber dado la impresión de que algo no estaba bien, ya que me preguntó: "¿Es que no es suficiente?" Dirigí la vista hacia otro lado, pues los ojos se me empezaron a llenar de lágrimas. Encontré al segundo consejero del obispo y le pedí que le explicara a esta buena hermana cómo llenar un recibo de diezmos.

Mientras lo hacía, me retiré y busqué un salón vacío. Traté de contener las lágrimas, pero la expresión "Aquí tiene, élder Myers" continuaba resonando en mis oídos. Le agradecí a mi Padre Celestial esta gran oportunidad y el testimonio que le había concedido a esta familia.

La familia se bautizó a la semana siguiente.

Aun ahora que he regresado a casa de mi misión, pienso en esta maravillosa familia y en la gran lección que me enseñaron acerca del diezmo. Cada vez que pago el mío, todavía me parece escuchar las palabras de esa buena hermana: "Aquí tiene, élder Myers. ¿Es que no es suficiente?" ■

YAO-SHI

por Richard Tice

El élder Anderson y yo nos encontrábamos mirando la parte de atrás de algunos edificios de apartamentos, en busca de alguna ventana vacía. Por los balcones se veía ropa colgada en los tendederos; las barandillas de los balcones estaban cubiertas de *futon*, una especie de colchones gruesos de vistosos colores que algunas mujeres golpeaban con bambú. Eran apenas las 10:30 de la mañana, y ya nos sentíamos deprimidos.

—Y bien, hoy es el día —dijo mi compañero—. Estoy seguro de que vamos a encontrar un lugar.

De eso estábamos seguros, pero también había que pensar en que era viernes, y que al día siguiente llegarían los nuevos misioneros. Había tantos que la misión había tenido que abrir tres ramas nuevas, y una de ellas aquí en Yao-shi. Eso significaba que teníamos que encontrar un apartamento ese mismo día para los misioneros que estaban por llegar.

El élder Anderson señaló hacia un pequeño puesto de fruta y dijo:

—Elder Tice, lo invito a comer algo. Lo veo muy preocupado.

Sus ojos eran de un color azul plateado, y su cabello era castaño claro, al igual que sus pecas, que marcaban un definido contraste con mi cabello oscuro y piel morena.

—Tiene razón, élder —le dije—. Compremos unas peras para celebrar de antemano nuestro éxito en encontrar un apartamento, y después de que lo encontremos hoy, yo lo voy a invitar a la pastelería a unas roscas rellenas de crema y de frambuesa.

—¡Se me hace agua la boca, élder Tice. De sólo imaginármelas, se me olvidan las ampollas en los pies!

Escogimos unas peras de cáscara delgada, llamadas *nashi*, de color amarillo pálido, muy jugosas y crujientes, parecidas a las manzanas, y luego buscamos un lugar donde comérnoslas, pues era señal de mala educación hacerlo en las calles.

Entre aquellas casas viejas de madera divisamos y nos dirigimos hacia un pequeño parque, en el que se encontraban jugando cuatro niños. Al notar que éramos extranjeros se nos quedaron viendo con insistencia. Sus madres les dijeron que no lo hicieran, pero nosotros les dijimos que estaba bien. En seguida, con sus fuertes manos, el élder Anderson partió dos peras en mitades, y las obsequió a los asombrados chiquillos, luego de lo cual nos presentamos:

—*Tice Choro to moshimasu* (Me llamo élder Tice).

—*Anderson Choro desu* (Soy el élder Anderson).

Le di al élder Anderson mi pañuelo para que se limpiara las manos, y algunas de las damas que allí se encontraban nos observaron con sus risillas ingenuas. Les entregamos nuestras tarjetas misionales, apuntamos sus direcciones y nos despedimos de ellas en medio de un episodio de interminables inclinaciones de reverencia.

Al doblar la esquina, el élder Anderson dijo:

—¡Hemos estado buscando todos los días, desde las 8:30 de la mañana hasta las 9:00 de la noche! ¿Quién hubiera pensado que nos iría a tomar tanto tiempo encontrar un apartamento?

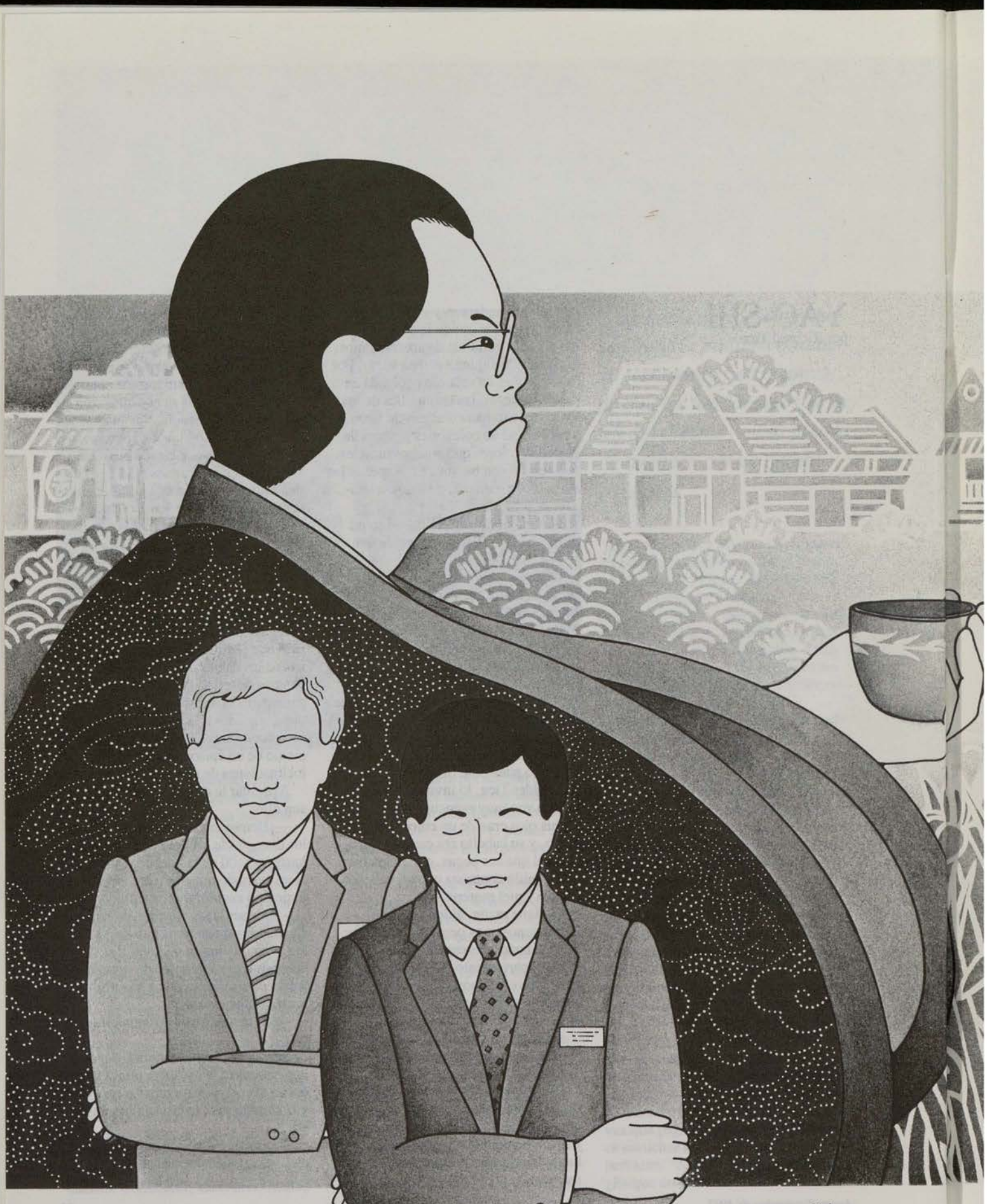
—Dos semanas y media, élder. Cuando los misioneros nuevos ya estén acomodados en un lugar fijo, les diremos que vuelvan a este vecindario. Realmente quisiera que a nosotros nos tocara trabajar aquí.

—Yo también; me encanta esta ciudad.

Después de algunas horas, llegamos nuevamente a la carretera principal, en donde las casas empezaban a escasear y el camino se convertía en la ruta mayor.

—Bueno, élder Tice, aquí estamos otra vez. ¿Qué hacemos ahora?

Los letreros del otro lado de la calle



ya empezaban a desaparecer en las tinieblas de la noche. Algunos autos pasaron velozmente.

—No parece que este camino nos lleve de nuevo a la ciudad —le dije al élder Anderson—, y ya son las siete.

Este asintió con la cabeza y yo continué:

—Faltan dos horas para que pase nuestro tren.

Permaneció inmóvil y simplemente volvió a asentir con la cabeza. Entonces decidí que tenía que hacer algo.

Desde el lugar donde terminaban las casas, empezaban a extenderse una serie de arrozales; los tallos eran grandes y los campos se oscurecían a medida que la noche avanzaba, mas un brilloso verdor centelleaba desde las espigillas. Se me ocurrió sonreír.

—¿Ha comido arroz alguna vez directamente de los tallos?

—Me imagino que son muy duros; ¿no es así?

—Claro que sí, pero lo mejor de todo es pelarlos.

Colecté seis granos y le di tres.

—Sólo lo he hecho en dos ocasiones, pues no quiero acabarme su arroz.

Mi compañero sonrió.

—Apuesto que usted es la única persona que come arroz crudo en todo Japón.

—Pruébelo; quizás usted pueda ser la segunda.

Raspamos con dificultad las verdes espigas hasta que aparecieron los granos. El élder Anderson se llevó uno a la boca y lo masticó fuerte hasta que se quebró. Por fin lo pudo tragar.

—¿Y esto le parece divertido? —preguntó.

—Por supuesto que sí —le contesté.

A nuestro alrededor las plantas brillaban bajo la luz de una farola. Las observamos por un tiempo.

—¿Hacemos otra oración? —le pregunté.

—Sí, creo que debemos hacerlo.

Nos dirigimos a un callejón al final de unos cuantos edificios; notamos que todos los negocios estaban cerrados, con excepción de una pequeña tienda de comestibles.

—Vayamos a aquel rincón; se ve muy tranquilo.

Cruzamos la calle y nos metimos en el callejón.

—¿Quiere usted ofrecer la oración, élder Anderson?

—Con mucho gusto, élder.

Nos paramos uno frente al otro e inclinamos la cabeza.

—Amado y bondadoso Padre Celestial, tú sabes cuánto te necesitamos. Nos has enviado a este lugar en donde nunca se ha predicado el evangelio. Siempre hemos recurrido a ti cuando hemos necesitado encontrar un apartamento. Necesitamos tu ayuda y esta gente necesita tu ayuda. Sin tu auxilio, nos será imposible encontrar el apartamento esta noche. Te rogamos que nos guíes y lo hacemos en el nombre de Jesucristo. Amén.

Nos sentimos alentados; extendimos nuestra mano derecha, con la palma hacia abajo, la mía debajo de la del élder Anderson, y las lanzamos hacia arriba con un enérgico "*Yoshi*" (¡Adelante!)

En esos momentos le dije:

—A unas cuantas calles de aquí queda una agencia de bienes raíces. Cuando pasamos por ahí antes estaba cerrada.

De inmediato emprendimos la marcha.

La calle que antes habíamos visto desolada estaba ahora llena de gente que conversaba enfrente de sus hogares, disfrutando de la refrescante noche. Llegamos a la oficina de bienes raíces, pero seguía cerrada. Llamé a la puerta fuertemente; entre el edificio y las casas de madera contiguas había un pasadizo angosto. A varios metros de distancia vi a un hombre larguirucho y de edad mediana acertar al hoyo una pelota de golf. En uno de sus movi-

mientos se le escapó la pelota y ésta fue a parar a donde nosotros estábamos. Me apresuré a recogerla y se la entregué.

—*Arigato* (gracias) —dijo, y cuando le contesté: "*Do itashimashite* (de nada)", se le querían salir los ojos de asombro, y aún un poco más cuando se acercó el élder Anderson.

—*¿Hee. Gaijin desu ka?* —preguntó aquel hombre. *Gaijin* era la abreviatura común de *gaikokujin*, o sea, gente extranjera. De modo que ambos asentimos con la cabeza.

Le preguntamos si sabía quién era el dueño de aquella agencia.

—Esa es mi oficina —respondió—. Hoy es mi día libre.

—¡Qué bueno que lo encontramos! —exclamó el élder Anderson.

El hombre retrocedió sorprendido, dejando caer la pelota de golf.

—¿Usted también habla japonés?

—Sí.

—*Hee*. Lo hablan tan bien; ¿son americanos?

—Somos de California —repliqué.

—¡Ah!, California! Cálido sol y naranjas. Algún día pienso ir a San Francisco.

Se dirigió hacia el frente del edificio y abrió la puerta.

—Pasen, por favor.

Alcanzó unas sillas, sacó una botella de *Karupisu* (una bebida de leche agria) del refrigerador y les dio vuelta a tres vasos que tenía invertidos sobre una toalla. En cada vaso sirvió un poco del líquido concentrado y le añadió agua fría.

—Disculpen, pero se me acabó el *sake* (vino de arroz).

—Está bien; nosotros no tomamos *sake* ni ninguna bebida alcohólica —le dije.

—¡Qué bueno! Yo tomo demasiado, y la cara se me pone roja como un tomate —recalcó. Nos acercó los vasos y comentó—: ¡Qué muchachos tan buenos! ¿Por qué no nos presentamos? *Mochida Ryusuke desu* (Soy Ryusuke Mochida).

—*Hajimemashite. Mochida san. Tice Choro desu* (Mucho gusto, señor Mochida. Yo soy el élder Tice).

—*Hajimemashite. Anderson Choro desu* (Tanto gusto. Yo soy el élder Anderson). Somos misioneros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días.

Nos dimos un fuerte apretón de manos, y luego procedí:

—Tal vez usted pueda ayudarnos. Necesitamos un apartamento para cuatro misioneros, que por lo menos tenga dos cuartos de seis *jo*, una cocina de 4.5 *jo* y un cuarto de baño.

Un *jo* es del tamaño de una estera de piso.

—*Yoshi*. Apartamentos grandes, pero sí, tengo algunos. Voy a traer los planos. Tengo uno nuevo con dos habitaciones de ocho *jo*. Son 750,000 yen de depósito y 35,000 yen de alquiler mensual. El precio es bastante módico.

Se dirigió a su escritorio.

—Ese es el problema. Sólo se nos permite dar un depósito de 500,000 y un alquiler de 28,000 yen mensuales.

Volvió la vista hacia nosotros y dijo:

—Eso es imposible; por lo menos en la región de Osaka. Aun los apartamentos más antiguos de ese tamaño no bajan de 600,000 yen. —Se sentó en su escritorio y meneó la cabeza—. ¿No pueden pagar un poco más?

—En la Misión se ha estipulado una

norma para todo apartamento que alquilamos.

—Hemos estado buscando en Yaoshi por más de dos semanas —dijo el élder Anderson. Ambos nos quedamos mirando a Mochida-san esperanzados.

—*Saa*. Bueno, puedo llamarle a un amigo mío que es dueño de la agencia de bienes raíces más grande de Yao. Si él no tiene ninguno por ese precio, quiere decir que no lo hay en ninguna otra parte. —Tomó el teléfono y marcó un número—. *Moshi moshi* (hola). *¿Okusan desu ka?* (¿Hablo con la señora?) *Ryusuke desu* (Habla Ryusuke). *Ee. ¿Imaso ka? Hai*. (Sí. Está su esposo? Sí).

Levantó la vista y nos dijo:

—Sí está.

—*Hai*. Sí, se trata de negocios. Hay dos americanos aquí que están buscando un apartamento con dos dormitorios de seis jo, cocina y baño. Sí, sí tengo, pero el precio es el problema. Pueden dar un depósito de 500,000 y pagar 28,000 mensuales . . . ¿Tienes uno? Pero ellos hablan japonés . . . ¿Ah? . . . Será mejor que tu les hables. No te preocupes.

Indicándome que me apresurara, me dijo:

—Tiene un lugar, pero no se lo quiere alquilar a ustedes.

Me pasó el receptor y todo lo que se me ocurrió decir fue:

—*Moshi moshi* (hola).

—*Moshi moshi*. ¿Habla japonés? —Sonaba más como duda que como pregunta.

—Un poco; tengo un año y nueve meses de estar aquí en Japón.

—Habla bastante. ¿Estudió japonés por mucho tiempo en Norteamérica?

—No; sólo dos meses en Hawai y el resto lo he aprendido aquí.

—¿A qué escuela asiste?

—No asisto a ninguna. Soy misionero de La Iglesia de Jesucristo . . .

—Se trata de una iglesia cristiana, entonces. Bueno, pues siento decepcionarlo. Permítame hablar con Ryusuke-san otra vez.

Levanté la vista, perplejo.

—Quiere hablar con usted nuevamente —le dije.

Mochida-san tomó el receptor.

—*Moshi moshi. Ee*. ¿Por qué no . . . No pierdes nada con hablarles personalmente . . . ¿Has conocido alguna vez uno de ellos? ¿Bien? . . . Los llevaré ahí enseguida para que los conozcas.

Colgó el aparato y comentó:

—Realmente es una persona muy amable. Y bien, ¿qué les parece si nos vamos?

Al llegar a la moderna oficina de azulejos y de fachada casi totalmente de cristal, Mochida-san se bajó del auto, y nosotros salimos con dificultad de los estrechos asientos traseros. Nuestro amigo entreabrió la puerta:

—*Gomen kudasai. Mairimashita yo* (¿Se puede?).

—*Dozo, dozo, ohairi kudasai* (Adelante, por favor).

Una esbelta mujer ataviada con un quimono de colores escarlata y azul apareció desde una cortina lateral, llevando una bandeja de tazas y una tetera. Bajó la bandeja y caminó hacia nosotros con su manera de arrastrar los pies delicadamente, y se detuvo frente a la *genkan* o entrada. Mochida-san abrió entonces la puerta totalmente.

Después de que ella nos invitó a pasar, nos pusimos las zapatillas que se nos dieron, dejando nuestros zapatos en la entrada. Por la puerta de atrás irrumpió un hombre alto, probablemente de 1.68 m. de altura, de cuerpo fornido, que al vernos frunció el ceño. Mi compañero y yo hicimos una reverencia y nos presentamos. Reciprocó el saludo y dijo:

—*Seki Nijiro desu* (Soy Nijiro Seki).

—Su esposa sonrió amablemente con nosotros e hizo una reverencia pausada. El se dirigió al élder Anderson y le preguntó:

—¿Usted también habla japonés?

—Sí, pero sólo llevo un año en el país y por eso no lo hablo tan bien como el élder Tice.

—Veo que llevan trajes; si hubieran venido con pantalones de mezclilla y cabello largo no los habría recibido.

—Todos los misioneros usamos trajes de calle y llevamos el pelo corto, pues es una de las reglas —respondió el élder Anderson.

—Bien, siéntense; por lo menos podemos hablar.

El y su esposa se acomodaron en unas sillas, y Mochida-san y nosotros nos sentamos en el sofá. Inicié la conversación.

—Todos los días por dos semanas y media hemos estado buscando un apartamento. Nos urge encontrar uno para mañana. ¿Tiene . . .

—Mi edificio está situado en un vecindario tranquilo. Les alquilamos a las parejas recién casadas y ellos se encargan de cuidar de sus unidades. Cuatro jóvenes estudiantes . . .

—Misioneros —hice la aclaración.

—*Ee to* . . . misioneros . . . No puedo alquilar nuestros apartamentos a hombres solteros. Sus habitaciones siempre están desordenadas porque sus madres no están para que se los limpien. Los recién casados son más responsables.

—Nuestras reglas misionales prescriben que limpiemos nuestros apartamentos —le dije—. Todos los días lo hacemos de 8:00 a 8:30, pues también nos inspeccionan.

—Ya veo. Pero de todos modos, de seguro que van a dejar cenizas y colillas de cigarrillos por todos lados. Los jóvenes . . .

—No, nosotros no fumamos.

Seki-san balbuceó. Mochida-san me miró asombrado.

—Así es —agregó mi compañero—. En nuestra Iglesia tenemos un mandamiento de no fumar; es muy dañino para la salud.

Ambos señores asintieron. La esposa de Seki-san aprovechó el silencio para servir el té.

Tartamudeando, pregunté:

—Disculpe; ¿es *ocha*? (té).

—No, es *mugicha*.

La *mugicha* se hacía de cebada tostada. La tomaban mucho durante el verano.

—¡Yokatta! (¡Magnífico!) —dijimos con alivio. Les expliqué que no tomábamos nada que contuviera té, ni café, ya que iba en contra de nuestras leyes de buena salud.

La esposa de aquel hombre terminó de servir la bebida y dijo:

—¡Qué reglas tan estrictas! Pero no se preocupen; esto es *mugicha*.

La bebida estaba tan caliente que apenas si podía sostener la taza por los lados.

—El té verde no hace daño. —Era evidente que Seki-san había salido de su asombro—. Aún así, los jóvenes de su edad no son lo suficientemente responsables. No hay manera de saber a qué hora regresarían a casa. No podemos permitir que perturben a otros a medianoche. Lo siento.

Mi compañero se adelantó a explicar:

—La misión establece que todos los misioneros deben estar en sus apartamentos para las 9:30 de la noche y que deben acostarse para las 10:30.

—Tenemos que levantarnos a las 6:30 —agregué.

—*Maa* (¡Oh!). ¿De veras? —Seki-san trató de acomodarse en la silla y continuó—: Ya les dije que no puedo alquilarles ningún apartamento; todas las otras familias serían de recién casados, y ya los veo a ustedes yendo para arriba y para abajo con la radio encendida. Con eso también estarían perturbando el orden. —Se puso de pie y alzó la voz—: Todos los esposos estarían ausentes durante el día y las *okusan* (esposas) estarían solas en sus apartamentos. ¡No se vería bien! ¡No puedo permitir ninguna conducta inmoral! ¡*Okusan* y jóvenes solteros! ¿Y las señoritas que vendrían? ¿Quién los detendría? ¿Quién podría decirme que . . .?

—¡Un momento! —exclamé. Mi compañero se paró de un brinco y declaró:

—¡Somos misioneros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días! ¿Sabe usted lo que eso significa?

Seki-san comprimió las mejillas y su esposa le sirvió un poco más de *mugicha*. Alzó la taza y sorbió ruidosamente antes de sentarse.

Me incliné hacia él y, mirándolo fijamente, le dije:

—Cuando nos convertimos en miembros de la Iglesia, le hacemos ciertas promesas cruciales a Dios. Una de ellas es lo que llamamos la ley de castidad, que significa que nos conservamos castos antes del matrimonio y permanecemos fieles después de casarnos. Los misioneros, con mayor razón, tratan de cumplir con todos los mandamientos, porque creemos que vienen de Dios. No solamente nos traen gozo, sino que también nos hacen honorables y dignos de respeto. También nos comprometemos a no salir con nadie del sexo opuesto durante el período de nuestra misión. Durante nuestra misión no se permite que nadie entre a nuestro apartamento que no sea misionero.

A este punto, mi enojo casi se había desvanecido totalmente y empecé a sentirme mal y tuve que bajar la vista.

—Excepto, por supuesto, el dueño del edificio . . . Siento mucho que nos hayamos alterado.

Seki-san hizo una señal con la mano y dijo:

—No, no; no hay ningún problema. Seremos amigos.

Animado, mi compañero continuó:

—Le puedo asegurar que seríamos buenos inquilinos. Todas las mañanas estudiamos el japonés y el evangelio. Salimos a la calle a las 10:30 y sólo regresamos a las horas de las comidas. No debemos escuchar música popular y, como a la mayoría no nos gusta la música clásica, nuestros cuartos se mantienen bastante tranquilos. —Sonrió abiertamente, con esa sonrisa que a todos contagiaba.

—*Saa, saa* (Prosigamos); ahora tomemos un poco de *sake*.

En el momento en que su esposa se disponía a ponerse de pie, Mochida-san, que hasta entonces había permanecido en silencio, interrumpió:

—Ellos tampoco toman *sake*.

—Bueno, entonces *biru*. —La cerveza es muy popular en Japón.

—Ah, no, tampoco toman *biru*. Nada que tenga alcohol. —La verdad era que Mochida-san se sentía muy orgulloso. Nos dio unas palmadas en la espalda y dijo—: Buenos muchachos; creo que yo debo dejar de tomar.

—¿Tú? —dijo Seki-san, riéndose—. El día que tú dejes de tomar, yo también lo haré.

—Bueno, siempre puedo tomar un poco menos que lo acostumbrado.

—Me parece que deberías hacerlo. Yo por lo menos no tengo que preocuparme de cajas de botellas de *biru* vacías apiladas enfrente de la puerta. —Dicho esto, se paró y sugirió—: ¿Qué tal si vemos los planos de los apartamentos?

—¿Quiere decir que nos alquilará un apartamento? —No podía creer lo que acaba de oír. Pestañeé fuertemente para tratar de contener las lágrimas—. ¡Muchísimas gracias! —Saqué el pañuelo para enjugarme los ojos.

—*Ii to mo* (De nada). Será un honor y un placer tenerlos de inquilinos.

El élder Anderson se puso de pie para darle la mano a Seki-san.

—Nos sentimos muy agradecidos —dijo. No pudimos evitar derramar nuestras lágrimas, de modo que le pasé el pañuelo a mi compañero.

Media hora más tarde, cuando nos disponíamos a salir para tomar nuestro tren, el élder Anderson empezó a tararear la música de nuestro anuncio de radio favorito, el de la pastelería. ■

UN CONSUELO RECONFORTANTE

por JoEllen Jester

Después de un mes de que papá enfermó, mamá le llamó a mi hermano Rick, que estudiaba en la Universidad Brigham Young, para que viniera a darle una bendición. Los doctores todavía no le habían dado el diagnóstico, pero todos sabíamos que estaba gravemente enfermo. Desde el punto de vista médico, habíamos hecho todo lo que estaba a nuestro alcance, de modo que la bendición era nuestra única esperanza.

Todos nos encontrábamos en la habitación de papá en el hospital; estábamos ansiosos, y yo oraba para mis adentros.

Creo que durante ese mes había estado de rodillas mucho más tiempo que durante toda mi vida. No había dormido lo suficiente y me sentía muy cansada; tenía los nervios agotados y estaba siempre inquieta. Aun cuando no sabía qué clase de enfermedad padecía mi padre, tenía el terrible sentimiento de que iba a morir.

Después de unos minutos, Rick colocó las manos sobre la cabeza de papá y le dio una bendición. Si bien todos teníamos la esperanza de que le prometiera que se iba a mejorar, Rick nunca mencionó que papá se recuperaría. En cambio le dijo que tanto él como su familia sentirían paz y que recibiríamos consuelo y resignación.

Salí llorando de la habitación y mi hermano Keith me llevó a casa. Me dirigí a mi dormitorio para estar a solas y meditar. Fue entonces que me invadió una sensación de tranquilidad que me reconfortó. Aún continuaba con la sensación de que papá iba a morir, pero sentí un consuelo que no había experimentado antes.

A la semana siguiente los médicos diagnosticaron que papá tenía cáncer de los huesos. De nuevo volví a sentirme nerviosa y temerosa. Los meses siguientes fueron una horrible pesadilla; por las noches lloraba hasta que me dormía y me preguntaba si toda aquella angustia y dolor llegaría alguna vez a su fin.

Seis meses después de haberle dado la bendición, papá falleció en el hospital. Yo me encontraba en casa y mi hermano Steve me llamó para darme la noticia. Me encerré en mi habitación y comencé a llorar. No me era posible describir mis sentimientos; lo único era que me sentía completamente vacía.

Al encontrarme recostada en la cama, pensando en lo que sería el futuro sin papá, empecé a sentirme defraudada. Tenía tan sólo catorce años y no me parecía justo quedar huérfana de padre siendo tan joven. Sentía un gran vacío y una profunda soledad.

De pronto un sentimiento de paz y serenidad se apoderó de mí; era similar al que experimenté el día en que papá recibió la bendición. Además, tuve una sensación de alivio. Sentí la presencia del espíritu de papá y supe que aún me amaba y que su amor era eterno. Esa noche me di cuenta de que aun cuando no tuviera la presencia física de mi padre, nunca me vería privada de su espíritu y de su amor. Supe que nuestra separación era temporal, y que su guía e inspiración me acompañarían durante toda mi vida.

Tenía tan sólo catorce años y no me parecía justo quedar huérfana de padre siendo tan joven.

Ahora, cinco años después, puedo ver más claramente el amor que tanto mi Padre Celestial como mi padre terrenal sienten por mí. Con frecuencia he sentido la presencia de papá junto a mí, y muchas veces he sentido el reconfortante consuelo de su espíritu, y sé que no me ha dejado sola. ■

MI "AMIGA"

por Peggy Hill Ryskamp

El sacerdote encendió la luz de la sombría habitación; a través de las ventanas pude apreciar una mezcla de arbustos y flores silvestres. Mi esposo Jorge, que en viajes anteriores había pasado allí muchas horas, miró a su alrededor con una sonrisa de gran satisfacción y se dirigió con el sacerdote a la habitación contigua para buscar los libros de registro.

¡Por fin estábamos en España! Pensé en lo imposible que nos había parecido efectuar el viaje de investigación genealógica a ese país, en los preparativos que hicimos al buscar las personas interesadas, las semanas de incertidumbre con respecto a los gastos, las oraciones y las lágrimas por tener que dejar a nuestros hijos y las listas interminables de cosas que teníamos que hacer.

Jorge regresó después de unos momentos y, lleno de entusiasmo, me mostró los pesados volúmenes repletos de hojas de grueso pergamino en donde los sacerdotes habían registrado matrimonios, bautismos y casamientos desde el año 1,500. Eran algo impresionante, de modo que me puse a ayudarle en la investigación con la esperanza de que su entusiasmo me diera las fuerzas que necesitaba.

Lamentablemente, con el paso de las horas y los días me di cuenta de que lo que era natural para Jorge no lo era para mí. El podía estar allí, hora tras hora, escudriñando los registros. A él siempre le había gustado la investigación genealógica, y yo había orado para que tal experiencia fuese igual de emocionante para mí, pero las largas y arduas horas se me hacían interminables.

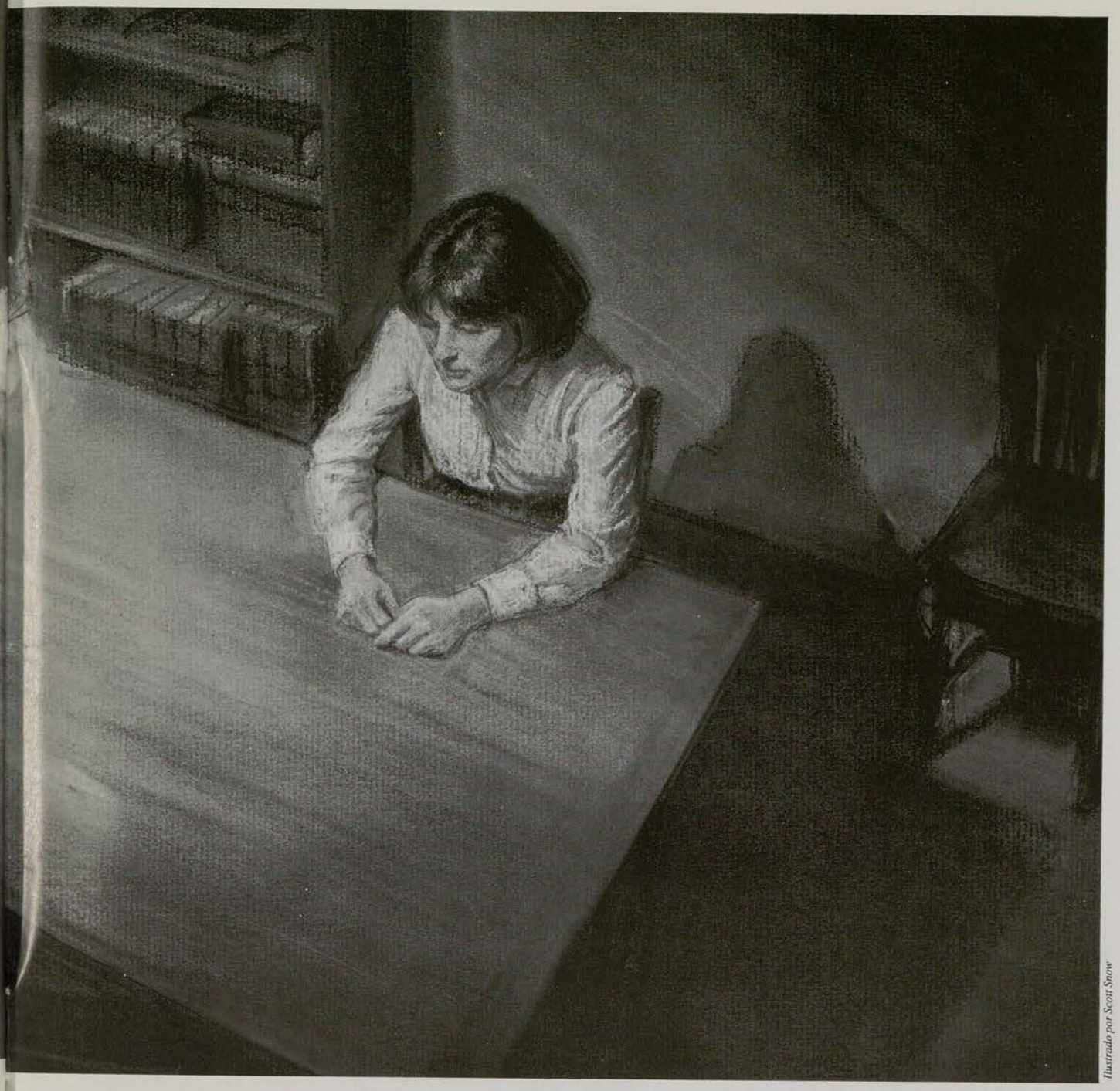
Por fin llegó el momento de empezar a hacer investigación genealógica en otra parroquia. Como se trataba de una nueva línea familiar, Jorge escudriñaba el registro de casamientos mientras que yo trabajaba en los de bautismos y nacimientos. No obstante que estaba buscando los registros de los hijos de tres matrimonios distintos, sentí una curiosidad especial por una familia en particular que encontré en los registros. Comencé a sentir como si hubiera conocido a la madre al haber encontrado los registros de nacimiento de cada uno de sus hijos. Las edades de ellos eran casi iguales que las de los míos, y me hicieron reflexionar en mis embarazos y las reacciones de nuestros hijos cada vez que esperábamos un nuevo bebé. Habíamos salido de casa desde hacía dos semanas, y los recuerdos de nuestro hogar lleno de niños bulliciosos, besos pegajosos y abrazos exagerados y exuberantes fue algo dulce y tierno para mí.

Fue entonces que Jorge me sugirió que trabajara en los registros de defunción. Como estaba trabajando con registros de los mismos años, los nombres que encontré me resultaban familiares, y fue que advertí las fechas de defunción de varios miembros mayores de dicha familia. Pero no había contado con encontrar anotada la muerte de tantos niños y jóvenes. Los ojos se me llenaron de lágrimas al reconocer el nombre de uno de los hijos de "mi amiga", que había fallecido a los tres años de edad. Cuando al volver la página descubrí el registro de defunción de otro hijo de seis años fallecido ocho días después, sentí una gran angustia y no pude contener las lágrimas.

Volví a pensar en mis propios hijos, los que tenían exactamente la misma edad, en sus cuerpecitos acurrucados en mi regazo y el sonido de sus risas y voces por toda la casa. El estar alejada de ellos avivó mi compasión hacia aquella mujer, y continué derramando lágrimas a medida que volvía las páginas.

Pero al encontrar la partida de defunción de su esposo, tan sólo seis meses después, me fue imposible continuar y hasta Jorge reparó en mis sollozos. "No comprendo por qué tuvo que pasar por todo eso", le dije. "¡No es justo!"

Repentinamente logré una verdadera comprensión de las frases que había oído y dicho durante toda mi vida, presentándome una escena más completa. "Querida amiga", pensé, "por eso estoy aquí. Tu sufrimiento no fue en vano, porque hay algo que puedo hacer



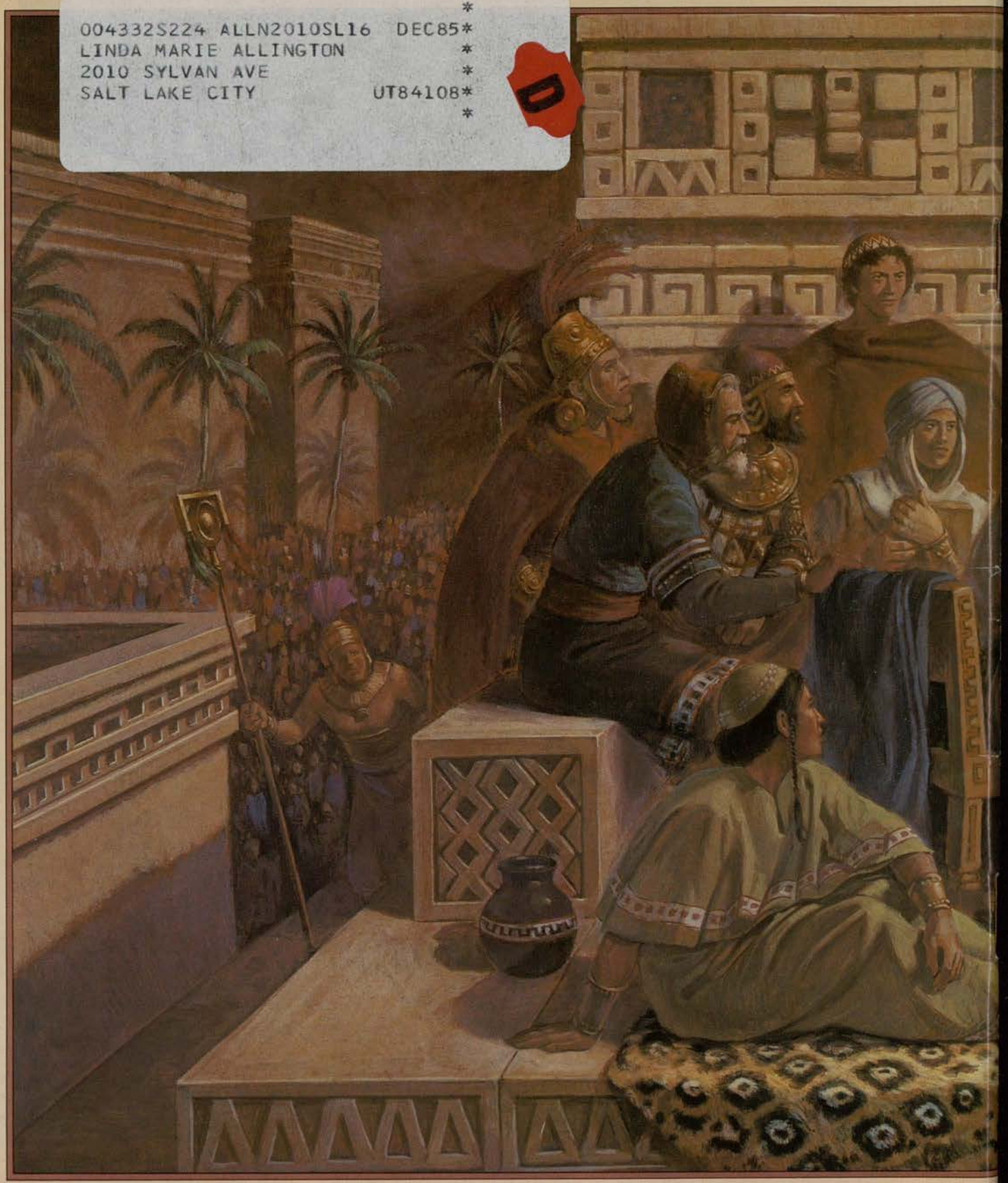
Ilustrado por Scott Snow

por ti. Gracias al amor de nuestro Salvador y a los templos de Dios puedo ayudarte a recuperar a tu esposo y a tus hijos. Ahora podrás tenerlos para siempre como yo tengo a los míos".

No podía contener las lágrimas, pero éstas eran de gozo y felicidad; eran una muestra de humilde gratitud por los templos y las familias y la oportunidad de hacer algo para ayudar a otros.

Desde que regresamos de España, el asistir al templo ha adquirido un significado mucho más profundo para mí. Cuando miro el nombre de la mujer por la que voy a hacer la obra, siento un gran respeto por ella, por las pruebas que tuvo que soportar. Si bien no puedo compartir con ella otras cosas, comparto lo que tiene más importancia para mí: las bendiciones del evangelio. ■

Peggy Hill Ryskamp tiene cuatro hijos y sirve como líder de maestros en funciones para la Primaria en su barrio en Riverside, California.

Repentinamente, con una verdadera comprensión de la obra del templo, pensé: "Puedo ayudarte a recuperar a tu esposo y a tus hijos. Ahora podrás tenerlos para siempre".

*
004332S224 ALLN2010SL16 DEC85*
LINDA MARIE ALLINGTON *
2010 SYLVAN AVE *
SALT LAKE CITY UT84108*
*